

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES,

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas.

Entregas 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111 y 112.

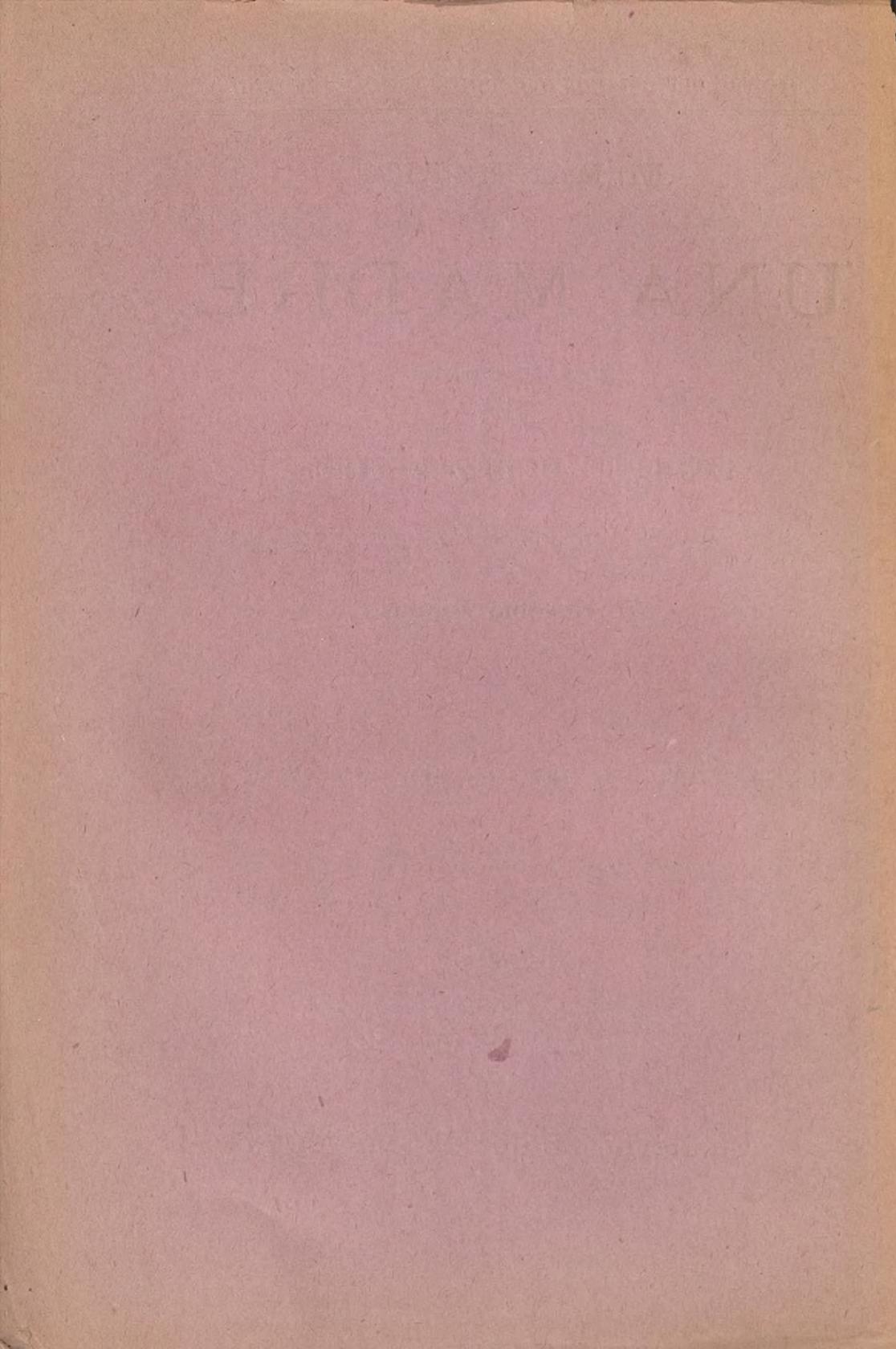
MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, número 14.

1872.

Cuaderno 15 de ocho entregas.



ó menos exactas, hablemos del motivo de mi visita.

—Hablemos de lo que usted guste, general,—contestó sonriéndose el anciano.

—Puesto que usted se empeña, forzoso será que me deje elevar á tanta altura.

—Usted viene á verme con el rostro cubierto,—añadió el doctor,—y me propone que hablemos, ¿no es eso?

—Sí.

—Pues bien, en la precision de darle á usted algún nombre para que nos entendamos, le llamaré á usted general.

—Como usted guste, pero no soy el general Lostan, como supone.

Samuel se encogió de hombros y dijo:

—¿Qué es lo que usted desea?

—Salvarle la vida.

—Gracias, general.

—¿Duda usted de mis palabras?

—No tengo motivo para otra cosa.

—Sin embargo, yo puedo demostrarle á usted lo contrario.

—Nada tan sencillo como eso, pues todo se reduce á que me abra usted la puerta de esta casa.

—Puede usted creer, caballero,—añadió Lostan,—que no deseo otra cosa.

—Permítame usted, señor general, que lo dude.

—Yo vengo á ofrecerle á usted la vida y la libertad. De usted depende todo.

—Ya lo supongo, y por eso me ha hecho poco efecto el ofrecimiento, pues para concederme lo que me

ofrece tendrá usted alguna condicion que imponerme.

—Sí.

—En ese caso, desde ahora aseguro que no llegaremos á entendernos.

—Es que además de la vida y la libertad puedo enriquecer á usted.

Samuel se sonrió tristemente.

—Si no me inspirara usted lástima, tal vez me ofendería. ¿Para qué necesito yo enriquecerme? Soy muy viejo, general, y por nada del mundo vendería la calma de mi conciencia, la paz de mi espíritu, hoy que mi cuerpo se inclina hácia la tierra buscando la fosa que ha de servirle de última morada.

Y cambiando de entonacion y haciendo al mismo tiempo un movimiento de hombros, añadió:

—Pero, en fin, puede usted hacerme las proposiciones que guste, tal vez llegaremos á entendernos.

El general comenzaba á comprender que Santiago le habia dicho la verdad, que aquel hombre era incorruptible; pero no se desanimó, porque para él era de la mas trascendental importancia ganar á Samuel.

—Usted es el único poseedor de un secreto de la mayor importancia para el general Lostan.

—Ese secreto es de mayor importancia para otro.

—¿Para quién?

—Para el hijo legítimo del general, para Daniel, mi querido ahijado.

Samuel creyó oír un débil suspiro que se escapó del pecho del general.

—El porvenir de ese jóven quedará tambien asegurado.

—¿Y quién me responde de eso?

—Yo, en nombre del padre de ese jóven.

—¡Usted! ¡La garantía no puede ser mas peregrina!... porque aun en el caso de que usted fuera el general Lostan, como sospecho, no me inspiraria la menor confianza ese ofrecimiento.

—¿Duda usted de mi palabra?—añadió con tembloroso acento el general.

—Dispense usted, caballero, pero no tengo motivos para otra cosa. Yo no puedo creer nunca en las palabras ni aun en los juramentos de un hombre tan infame como el general Lostan. ¡Ah! la pobre Ángela bajó á la fosa con un concepto muy equivocado de su esposo. Le creia un caballero, y era un canalla, por eso cometió la falta de recomendarle á su hijo. Yo en su lugar me hubiera reido de sus promesas y de sus lágrimas y le hubiera llevado ante los tribunales. De ese modo, hoy tendria Daniel un apellido y no se hubiera visto obligado á pasar por la humillacion de que el general Lostan le despidiera de su casa.

Cada palabra de Samuel causaba una profunda herida en el corazon del marqués del Radio.

Con un hombre tan recto, tan justo como aquel noble anciano no podia esperarse reconciliacion alguna basada en la bajeza.

El general tuvo necesidad de violentarse de un modo grande para no terminar de una manera brusca aquella escena.

Pero de Samuel dependia la legitimidad de Clotilde y la honra del general: hizo un esfuerzo para dominarse, y con esa esperanza remota, pero vivificadora, del naufrago que, asido á una tabla mientras lucha con los elementos desencadenados, piensa en la orilla, el general se dispuso á continuar su delicada empresa, como verá el curioso lector si continúa leyendo las páginas de esta historia.

CAPÍTULO XVIII.

La fibra sensible.

El marqués del Radio, obedeciendo á uno de esos movimientos nerviosos que muchas veces no podemos evitar, se levantó bruscamente de la silla que ocupaba y se puso á dar paseos por la sala.

Las terribles y justas reconvenciones que acababa de dirigirle el doctor habian puesto su sangre y su espíritu en un estado de sobrescitacion grande.

Todas aquellas recriminaciones eran justas, creia merecerlas, las sentia en el fondo de su alma, se las repetia su conciencia, turbaban su sueño, le hacian verdaderamente desgraciado; pero al oirlas en la boca de un hombre, siniestras ideas cruzaban por su mente.

El general se paseaba con paso rápido, estremeciéndose de vez en cuando todo su cuerpo; tenia algo del calenturiento que abandona la cama aprovechando un descuido de los enfermeros. Samuel, al contrario, grave, sereno, inmóvil, fijaba sus ojos con marcada compasion

en aquel hombre, máquina humana agitada por el misterioso espíritu del remordimiento.

Á través del negro antifaz, Samuel leía en la frente de aquel hombre el estado de su conciencia, y pensaba las horas de amargura, las noches de insomnio que cuestan en el mundo á muchos séres el engrandecimiento que envidian sus semejantes.

El general Lostan, con sus títulos, sus condecoraciones, su elevada posición y su inmensa fortuna, no era para el doctor Samuel (profundo filósofo) mas que un sér desgraciado, mas digno de lástima que el pobre jornalero que se ve obligado á ganarse el pan con el sudor de su frente.

El general, despues de algunos minutos de pausa, se detuvo de repente, haciendo un movimiento brusco, delante de Samuel y le dijo:

—Acabemos, caballero, porque esta situación no puede prolongarse.

El doctor se encogió de hombros.

—Usted posee un documento,—añadió Lostan,—que yo necesito: puede usted ponerle precio.

—Que el general Lostan reconozca públicamente como hijo legítimo á Daniel.

—¡Oh! ¡eso es imposible!

—Entonces, caballero, imposible es tambien que yo devuelva un documento que por sí solo servirá para reivindicar á una esposa desgraciada, á un hijo digno.

—Pero, ¿olvida usted que el general se halla en una situación que no puede hacer eso?... Tiene una hija.

—Mas legítimos son los derechos de su hijo, á quien injustamente se quiere sacrificar; pero Ángela hizo bien en confiar en mí para que no se llevara á cabo semejante infamia.

—¿Y si usted deja de existir?—añadió con acento bronco el general.

—Daniel lo sabrá todo al dia siguiente, y le conceptúo con bastante energía para que vaya á pedirle cuentas á su padre.

El general lanzó un rugido: aquel hombre era inquebrantable, pero continuó dominándose y dijo:

—Veo que tiene usted bien tomadas todas las medidas.

—Y sin embargo, he caido en las garras del tigre, lo que, por otra parte, no me preocupa mucho, porque espero cortarle las uñas para que no me haga daño.

—Acabemos.

—No deseo otra cosa.

—Si usted me devuelve ese documento, si usted me jura guardar silencio, le entregaré veinticinco mil duros y le pondré en libertad.

—¿Y qué mas, caballero?—preguntó Samuel en son de burla.

—Daré á Daniel un destino en Ultramar.

—En Veracruz ó la Habana, ¿no es verdad? Allí donde mueren cada año un setenta por ciento de los españoles que van en busca de la fortuna. ¡Oh! no puede ser mas paternal ni mas digno de usted ese pensamiento, pero no puedo aceptarlo.

—¿Conque es decir que está usted resuelto á no ceder?...

—Estoy resuelto á cumplir lo que ofrecí á una pobre mártir, cuya abnegacion y grandeza de alma no supo usted apreciar.

—Está bien. Puede usted encomendar su alma á Dios.

—Los hombres justos pueden morir á cualquier hora, para ellos está siempre abierto el paraiso.

—Por la última vez, doctor, ¿acepta usted mis proposiciones?

—No puedo.

—Entonces todo ha concluido entre nosotros. Daré parte al que me envia de la última resolucion de usted.

—¡Cuánta hipocresía! ¡Cuánta bajeza!—murmuró el doctor en voz baja.—Ni aun tiene valor para arrancarse esa careta y mirarme frente á frente; y sin embargo, el dia que la sociedad sepa la historia de Ángela y el teniente Pedro de Lostan...

—La sociedad no sabrá nunca esa historia,—añadió el general interrumpiéndole.

—¿Y por qué, caballero?

—Porque yo sabré arrancar la lengua al insolente que se atreva á contarla.

El doctor soltó una carcajada y dijo:

—*Vanidad de vanidades.* Recomiendo á usted, caballero, que lea á Plutarco y el libro de Job, para que aprenda cómo se derrumban las grandezas de la tierra. Usted podrá mandar que me asesinen, pero yo tengo

mis medidas tomadas, y mi muerte no podrá librarle de que llegue el día de la reparación y la justicia.

Un pensamiento infernal cruzó por la mente del marqués. Este pensamiento le dió miedo á él mismo, pero haciéndose superior á la terrible situación en que se encontraba, añadió:

—¿Y si yo hago pedazos el obstáculo que se levanta ante mí?

Estas palabras fueron pronunciadas de un modo que llamaron la atención del doctor.

Samuel miró con fijeza al general, como si quisiera leer en el fondo de su conciencia.

—¿Y qué obstáculo es ese, caballero?—preguntó.

—Daniel,—contestó secamente el general.

Samuel se estremeció por la primera vez. No comprendía á los parricidas y tuvo miedo al oír pronunciar aquel nombre al general.

—¡Oh! ¡imposible! ¡imposible!...—esclamó.—Eso lo dice usted para amedrentarme. El marqués del Radio no puede ser el asesino de su hijo.

—El marqués del Radio, caballero,—añadió don Pedro recobrando la esperanza de dominar á aquel anciano inquebrantable,—el marqués del Radio se halla en una de esas situaciones escepcionales en que se juega el todo por el todo, y antes que desheredar á su hija, antes de verse acusado delante de los tribunales por su hijo, será capaz de todo.

—¡No puedo creerlo!—repuso Samuel pasándose la mano por la frente.

—Si Daniel se levanta pidiendo justicia, Daniel está amenazado de muerte,—añadió el general con voz amenazadora.—Dos víctimas son las señaladas, usted y Daniel. Piense usted bien lo que le digo, pues le quedan pocas horas para decidirse.

—¡No, no! ¡Daniel está seguro en casa del conde de la Fé, su bienhechor, su padre adoptivo!

—Sí, pero Daniel está gravemente herido y nada tan natural como comprar un criado que vierta algunas gotas de un líquido nocivo en los medicamentos que le receta el médico para restablecerle.

—¡Oh! ¡qué infamia! ¡parece imposible que quepa en la mente de un padre un pensamiento tan monstruoso!

El general comprendió que habia tocado la fibra mas sensible del corazon de Samuel y se propuso sacar partido.

—Hay situaciones en la vida en que el hombre lo arriesga todo y no retrocede ante nada. No hace mucho me ha recordado usted los héroes de Plutarco, y efectivamente, la historia no es otra cosa que el gran ejemplo del pasado, que sirve de experiencia en el presente. Medea, asesinando á sus hijos por celos y reconciliándose mas tarde con su familia, es un modelo que debe tener presente el general Lostan para vengarse de sus enemigos.

—Medea es la creacion de un poeta. Es un sueño que rechaza la historia. ¡Ay de aquellos que sean bastante infames para imitar á la despiadada esposa de

Jason, de la célebre desterrada de Corinto!—contestó Samuel con acento grave.—Podrán librarse de la justicia de los hombres, pero ¿y la conciencia, caballero? Esa vive con el criminal y no tiene otra misión que atormentarle durante su vida.

—La conciencia solo se anida en los corazones cobardes: es el miedo disfrazado hipócritamente con otro nombre. El general no puede retroceder; las circunstancias le empujan por una pendiente resbaladiza y no debe ni detenerse ni retroceder; créame usted, doctor, Daniel está amenazado de muerte, pero usted puede salvarle.

Samuel pareció vacilar un momento. Se había mantenido firme, sereno, incorruptible mientras los peligros solo levantaban la tempestad sobre su cabeza.

Pero el arma que había visto con la serenidad del héroe, á juzgar por las últimas palabras del enmascarado, iba á cambiar de dirección y amenazaba el pecho de su querido huérfano, del hijo de aquella mártir que había puesto en él toda su confianza.

Los labios del general Lostan proyectaron debajo de la careta una sonrisa de satisfacción. Había encontrado el punto vulnerable de aquel Aquiles con cabellos blancos.

Dispuesto á explotar y á valerse de la debilidad que acababa de demostrarle Samuel, volvió á decir:

—Usted sabe perfectamente que el marqués del Radio no puede transigir con la idea de la deshonra. Cuando los hombres se colocan á la altura en que se encuen-

tra el general Lostan, solo descienden de ella despues de luchar desesperadamente y de poner á prueba todos los recursos imaginables. Ruego á usted que medite con detencion el caso. Daniel es un gran obstáculo: si Daniel deja de existir, el general podrá tener en el alma una herida mas ó menos profunda, pero se verá libre de esa amenaza que, como la espada de Damocles, se halla suspendida sobre su buen nombre y su honra.

Samuel, que durante las últimas palabras del enmascarado habia mantenido consigo mismo una lucha terrible, rechazando con indignacion la idea de que un padre pudiese asesinar á su hijo, levantó la frente, y fijando su serena mirada en aquel hombre que tan increíbles proposiciones le habia hecho, le dijo:

—No es posible, no puedo creer que el general Lostan, despues de haber sido durante muchos años el verdugo de la pobre Ángela, se convierta hoy en parricida.

—Veo, querido doctor,—añadió el marqués con una entonacion que se esforzaba por tener algo de sarcástica,—que á pesar de sus años, sus venerables canas y su mucha esperiencia, conoce usted mas las enfermedades que afligen al cuerpo humano que á los hombres. El general Lostan no retrocederá ni ante el infanticidio, con tal de que su buen nombre se conserve á la altura que hoy se encuentra. ¿Cree usted que cuando se ha llegado desde cadete á general, sin reparar en los medios, cuando se ha sido ministro de la Corona, llegando á ocupar una de esas posiciones que causan la envidia y la admiracion al mismo tiempo, se desciende de ellas

tan fácilmente? ¡Error grave, querido doctor! Vuelvo á repetirlo, el general es aun bastante fuerte para romper todos los obstáculos que se le opongan. Medite usted bien mis palabras y mis ofrecimientos. La energía, la terquedad es, en muchos casos de la vida, una locura. El hombre que se rinde á las circunstancias despues de medir su valor y ver clara la imposibilidad de defenderse, no puede ser nunca tachado de cobarde. En usted he creido notar algo de vanidad, que puede ser terrible para todos, y en particular para ese huérfano, de quien se ha declarado usted protector. Voy á dejarle á usted solo, pero antes debo hacerle una advertencia. Daniel no puede, en la actualidad, pensar en otra cosa que en su restablecimiento, pero si se comete la menor imprudencia, si llega á pronunciar en el oido del huérfano algun oficioso el nombre de su padre, no lo dude usted, doctor, algunas horas despues habrá dejado de existir. Ahora le dejo á usted solo para que medite con calma mis proposiciones. Seremos lo que usted quiera, amigos ó enemigos; le brindo con la paz ó con la guerra. No olvide usted que Ángela le recomendó antes de morir á su hijo con la noble intencion de que lograra usted asegurar su felicidad. No sea usted, pues, el autor de su desgracia.

El general comprendió que habia dicho la última palabra, que era preciso dejar á aquel hombre que meditara su situacion, y sin esperar respuesta, salió precipitadamente de la sala, cerrando tras sí la puerta.

Al doctor Samuel le habian causado tanto efecto las

últimas palabras del marqués del Radio, que ni siquiera se apercibió de su retirada.

Mientras tanto, se había reunido el general con Santiago, en la habitación inmediata y fué á colocarse en el sitio que ya recordarán nuestros lectores y desde el cual, levantando un cuadro, podía verse por completo el gabinete en donde estaba encerrado el doctor Samuel.

Y efectivamente, el noble y venerable anciano permanecía inmóvil y como abismado bajo el peso de profundas reflexiones.

Era en aquel instante, mas que un sér por cuyas venas circula el calor de la vida, una estatua de mármol.

El general, contemplando el profundo abatimiento de su prisionero, sintió renacer en el fondo de su inquieta conciencia una esperanza.

Esa esperanza podía devolverle, realizándose, la calma y la paz del espíritu, de que por espacio de tanto tiempo se veía privado.

Durante treinta minutos ni el doctor cambió de postura ni el general dejó de mirarle á través de aquel agujero proyectado en la pared.

De pié, á cuatro pasos de distancia, se hallaba mudo y silencioso el ayuda de cámara Santiago.

Aquel hombre, para quien las órdenes del general Lostan eran leyes que acataba con respeto y veneración, no se atrevía á distraer la profunda atención de su amo.

Interesado vivamente en el asunto del doctor Samuel, sentía impaciencia por saber lo que había ocurrido en la habitación inmediata. Pero por nada del mun-

do se hubiera atrevido á dirigirle una pregunta antes de autorizarle el marqués para ello.

De repente el general retiró la cabeza de aquella especie de atalaya que servia para sorprender hasta el menor movimiento del pobre anciano.

—Es preciso esperar,—dijo el general en voz baja:—ese hombre creo que se halla en muy buenas disposiciones, y no me estrañaria que quisiera reconciliarse conmigo. Tendremos paciencia algunas horas mas. Si con su muerte me viera libre de peligros, yo te diria: «mata,» pero tenemos tiempo para eso.

Todas estas reflexiones las hizo el general como hablando consigo mismo, porque para él Santiago no era otra cosa que una máquina obediente á su voluntad.

Sin embargo, en aquella cuestion Santiago estaba tan interesado como su amo. Por eso, sin duda, se atrevió á decir:

—Es un viejo mas duro que el bronce. Yo confío poco en él.

—Eso mismo pensaba yo hace una hora, Santiago, pero he tocado un resorte y ha renacido en mi pecho la confianza. Samuel acaba de acostarse; no le interrumpamos por ahora, que duerma, que medite las proposiciones que yo le he hecho. Mañana cuando le entres el desayuno, indudablemente entablará conversacion contigo, con el objeto de ir descubriendo terreno. Tu mision se reduce á decirle lacónicamente estas palabras: «El general ha fijado un plazo para esperar. Cuando este termine, si usted no le da todas las garantías nece-

sarias para asegurarle que su secreto seguirá siéndolo para todo el mundo, como hasta hoy, entonces Daniel dejará de existir.»

Y como Santiago hiciera, al oír las últimas palabras, un movimiento de sorpresa, el general, que se había quitado el antifaz, añadió sonriéndose:

—Comprendo el efecto que te han causado mis palabras, pero qué quieres, querido Santiago, para convencer á un viejo tan terco y tan puro como el doctor Samuel, es preciso valerse de grandes medios. Él ama al hijo de Ángela con todo su corazón. Descubierta el punto débil, es preciso, como buen militar, atacar al enemigo por él. Pero va siendo muy tarde y es preciso que regrese á Madrid. Avisa á Bonifacio.

Pocos momentos despues, Julian *el Alimañero* vió abrirse la puerta de la *Casa Blanca* y salir á los dos jinetes.

—Si tuviera la suerte,—se dijo hablando consigo mismo,—de que cogiera, como antes, alguna palabra al vuelo...

En este momento pasaron al trote los dos jinetes á dos pasos de distancia del sitio que ocupaba Julian; pero por mas que el cazador de oficio aguzó el oído, no oyó absolutamente nada, porque los nocturnos jinetes caminaban en el mayor silencio.

Julian vaciló un instante entre seguirlos ó continuar sus investigaciones.

Seguir á pié á dos caballos que caminan al trote por mal camino, y cuyos jinetes pueden muy bien po-

nerlos al galope cuando lo tengan por conveniente, no es muy agradable; pero, sin embargo, á Julian no le detuvo esto, porque, hombre duro y buen andarín, hubiera tal vez, salido airoso de su empresa. Pero creyó que era mas conveniente adquirir algunas noticias de la *Casa Blanca*, y poniéndose en pié, se encogió de hombros, diciéndose para sí mismo:

—¡Bah! dejémosles que sigan el camino: ellos van á Madrid y el doctor Mendez debe conocerlos; pero lo que no sabemos ni el doctor ni yo es lo que sucede en esa casa misteriosa, que, ó yo no soy quien soy, ó he de penetrar en ella. Vamos, pues, á interrumpir el sueño de mi amigo Leandro.

CAPÍTULO XIX.

El ventorro del Canal.

Julian volvió á internarse en la arboleda, y siguiendo siempre las orillas del Canal, llegó, despues de algunos minutos de marcha, á una casa de pobre apariencia y delante de cuya puerta se veia un tosco tendal que libraba del relente á cuatro ó seis bancos de madera y á otras tantas mesas enclavadas en la tierra.

Sobre los umbrales de la puerta, hechas con vermellon y por una mano no muy práctica, se veian unas letras de forma irregular que decian: *Se guisa de comer. Vino á 6 y á 8 cuartos el cuartillo.*

Julian dió un golpe sobre la puerta con el puño cerrado, importándole poco interrumpir el sueño de los habitantes de aquella casa.

Apenas habian trascurrido algunos segundos, cuando una voz empañada por los vapores del alcohol contestó desde dentro:

—¿Quién?

—Abre, Leandro, soy yo,—contestó el cazador.

—¿Y quién eres tú?—volvió á preguntar la voz.

—Muy dormido debes estar cuando no me conoces. Abre, soy Julian *el Alimañero*.

Este diálogo fué amenizado por los ladridos incesantes de un perrillo que ladraba desde el interior de la casa. Pero estos ladridos terminaron con un lamento y algunos quejidos lastimeros, resultado, sin duda, de algun puntapié propinado al infeliz can.

Se abrió la puerta y Julian entró en el ventorro de Leandro.

—El diablo me lleve si te esperaba á estas horas,—dijo el dueño del ventorro bostezando con toda la esplendidez de una boca grande que no ha estudiado para nada las reglas de la urbanidad.—¿Á dónde vas?

—Pienso ir á los charcales de la sexta, á ver si mato una docena de acachadizas para un francés que tiene mucha gana de comerlas, y como tu ventorro está al paso de mi camino, no he querido cometer la ingratitud de no darte las buenas noches y beber contigo una copa.

Julian, mientras decia esto, dirigió una mirada en derredor suyo como para reconocer el terreno donde se encontraba. Y tenia tal costumbre de ver en el ventorro pájaros de mal agüero, que añadió:

—¡Qué solo estás esta noche!

—Dice el refran que mas vale estar solo que mal acompañado.

—Pero vulgarmente se dice que con las malas compañías viven los taberneros.

—Querido Julian, de sobra sabes tú que en estos sitios solitarios es preciso muchas veces besar manos que quisiera uno ver quemadas.

Julian se quitó el morral, dejó la escopeta en un rincón y tomó asiento en una silla junto á una mesa de pino.

Los muebles que decoraban aquel local ni merecen la pena de ser descritos: un mostrador viejo y desvenado con algunos jarros de vino y varias copas de vidrio, un barreño con agua para lavar los vasos, cuatro ó cinco sillas con asiento de enea, dos mesas y otros tantos bancos de pino.

Encima del mostrador y colgado de un clavo de la pared se hallaba un reloj de pesos, en cuya esfera, vieja y descascarillada, se veía una cara gordinflona que á cada movimiento del péndulo giraba á la izquierda ó á la derecha los ojos.

No muy lejos del reloj, pegada á la pared con cuatro obleas, se hallaba una mala litografía representando el retrato del célebre ladrón Candelas.

Las malas lenguas, que no faltan en ninguna parte, decían que Candelas había sido en otro tiempo gran amigote de Leandro el del ventorro; y como la amistad que es verdadera ni se aminora con las vicisitudes de la fortuna ni se enfria con el hielo de las canas, Leandro, á pesar del vergonzoso fin de Candelas, muerto en un patíbulo, y, como vulgarmente se dice, en desagravio de la vindicta pública, conservaba un resto de cariño hácia la memoria de aquel compañero que le recordaba

tiempos mejores y cuyas proezas han cantado algunos vates.

Leandro vivía solo en el ventorro del Canal la mayor parte del año, sin importarle la poca salubridad del terreno, escesivamente tercianario.

Hombre duro y poco aprensivo, había llegado á los cincuenta y cuatro años sin ocuparse de que la salud es una fortuna que puede perderse con la misma facilidad que se pierde un duro en un juego de azar.

El ventorro le producía lo bastante para cubrir las pocas necesidades de su vida.

Cuando los comestibles se le agotaban, le encargaba al primer matutero que se detenía ante su puerta, que le trajera de Madrid lo que le hacía falta.

Leandro tenía un perro de casta indefinida, mezcla de barbas, de podenco y de gozquecillo, especie de alimaña con cuatro patas y hocico de can, que le servía de compañero y que ladraba hasta á su misma sombra. Este perro se llamaba Colin y era un buen amigo para Leandro.

Muchas veces solía decir Leandro:

—Tengo la escopeta cargada con dos balas á la cabecera de la cama y mi amigo Colin á los piés. Esto me hace dormir tranquilamente, sin que se me ocurra que en este desierto pueda sorprenderme nadie durante las largas noches de invierno.

Bien es verdad que Leandro era el amigo de confianza de todos los pájaros de mal agüero que iban á respirar en aquellas cercanías el aire libre del campo,

despues de haber pasado una noche fatigosa en Madrid.

En una palabra, Leandro era para todos los tomadores de la heróica villa del oso y del madroño, lo que en caló se llama un *polinche*, es decir, un encubridor, y su ventorro no pocas noches habia tomado el carácter de *birlesca*, como dicen los gitanos, porque en él se habian celebrado mas de una junta y congreso de rateros.

Naturalmente, á un hombre de estas condiciones debia causarle poco escrúpulo vivir sin mas compañía que su perro y su escopeta en el solitario ventorro del Canal.

Toda la gente de mal vivir conocia á Leandro, y mas de cuatro iban á dejarle en depósito las prendas que *momaban* en Madrid sin la voluntad de sus dueños.

Pero no nos entrometamos en la vida privada del dueño del ventorro. Dejemos á Leandro fuera de la ley y espuesto á que el Código le pida cuenta algun dia de sus *culpas* y continuemos el relato de la presente historia.

Julian *el Alimañero* se sentó lo mas cómodamente que pudo en una silla, y sacando la petaca, comenzó á liar un cigarro, diciendo:

—¿Qué tienes por ahí que echar á perder?

—¿Traes hambre?

—No falta, y de buena gana cenaria si tuvieras algo apetitoso y quisieras acompañarme.

—En mejor ocasion no pudiste llegar á mi casa.

—¡Hola! ¿Tienes algo bueno en la despensa?

—Tengo dos conejos escabechados, chorizos cocidos

y bacalao y sardinas fritas. Puedo, además, darte unos pimientos verdes en vinagre que resucitan á un muerto y buen vino de Arganda, mas moro que el célebre Barbarroja.

—Tu relacion abre mi apetito, y puesto que no me falta un duro en el bolsillo, voy á cenar como un príncipe, pero con la condicion de que tú has de acompañarme.

—Yo siempre digo que sí, ya lo sabes.

—Pues al avío.

—Comenzaremos por los conejos.

—Sí, saca uno y guarda el otro por si mañana se presenta algun parroquiano delicado.

—Que no faltan,—añadió Leandro guiñando el ojo.

—Ya lo supongo,—repuso Julian sonriéndose.

—Sobre todo,—dijo el ventero estendiendo un pequeño y no muy limpio mantel sobre la mesa,—desde que se halla habitada la *Casa Blanca*.

Julian disimuló la alegría que le causaban las últimas palabras de Leandro, y aprovechándose del giro que tomaba la conversacion, añadió:

—¿Conoces tú á los que viven en ese solitario caseron?

—Al conserje le conocí hace muchos años en la cárcel de Villa, pero ahora parece que se ha vuelto hombre de bien.

Y cambiando de entonacion y encogiéndose de hombros, añadió:

—Pero ya se sabe que á la vejez el diablo se metió

á fraile, porque no hay ladrón arrepentido que no desee entrar de agente en la ronda secreta; bien es verdad que estos suelen prestar buenos servicios á la policía.

Y como Leandro habia puesto la mesa, se sonrió frotándose las manos y dijo:

—Me parece que no nos quedaremos con hambre.

—Pues al avío,—contestó Julian partiendo una libreta por la mitad sin hacer uso del cuchillo.

Mientras dieron cuenta de la primera tajada de conejo y la primera copa de vino, no hablaron una palabra, pero Julian, que no queria que la conversacion tomara otro giro, añadió:

—De algun tiempo á esta parte, siempre que paso por cerca de la *Casa Blanca* me digo para mi capote: «Aquí hay misterio.»

—No vas descaminado pensando eso, amigo Julian; pero si he de ser franco, me hace poca gracia que la *Casa Blanca* se halle habitada por los inquilinos que hoy la ocupan, porque si continúan mucho tiempo en ella, de seguro que me quedo sin parroquia.

La conversacion iba tomando mucho interés para Julian, y como el vino es, generalmente, expansivo y hablador, sirvió un vaso hasta los bordes, esperando que el zumo de la vid le ayudara en su empresa.

—Pues ¿quién vive allí?—preguntó Julian con naturalidad.

—Yo solo conozco á Chamorro.

—¿Quién es Chamorro?

—El conserje ó guardian de la casa.

—¡Ah! sí, el amigo que conociste en la cárcel de Villa.

—Un *tomador* jubilado que se ha metido á polizonte. Ya podrás comprender que á mis parroquianos no les gusta mucho verse cerca de la policía. Además, el otro día pasó por aquí el señor Quesada.

—¿Y quién es ese señor?

—El jefe de la policía de Madrid.

—¡Ah! comprendo los temores de tus parroquianos.

—El señor Quesada viene con frecuencia á la *Casa Blanca*,—añadió Leandro cogiendo el vaso;—pero esto durará poco, porque no nos conviene tenerle tan cerca.

—Y Leandro se sonrió de un modo poco santo.

—Muy confiado es cuando se viene solo ese señor Quesada por estos sitios.

—Es hombre sereno. Además, él sabe que nadie se meterá con él; pero con la casa ya es distinto.

—Julian miró á Leandro como si no le comprendiera.

—La casa puede quemarse casualmente, y una vez destruida la jaula, los pobres pajarillos que vienen á revolotear en torno de mi ventorro no temerán á los milanos que se anidaban en ella.

Y Leandro soltó una carcajada, riéndose él mismo de lo que acababa de decir:

—Julian comprendió que algo tramaban los parroquianos de Leandro contra la misteriosa *Casa Blanca* y se propuso saberlo todo.

Por otra parte, le asaltó un temor repentino al ocurrírsele que si una noche los amigos de Leandro que-

maban la solitaria casa y se hallaba efectivamente dentro el doctor Samuel, el caso podia tener malas consecuencias para el recomendado del señor Mendez. —

El cazador de oficio se resolvió á entrar de lleno en el asunto que le habia conducido aquella noche al ventorro del Canal.

—Efectivamente, Leandro,—dijo,—para tu negocio es mala vecindad la *Casa Blanca* y comprendo que algunos parroquianos tuyos toquen retirada. —

Leandro guiñó el ojo izquierdo haciendo al mismo tiempo una mueca y dijo:

—Si mis parroquianos llegan á convencerse de que esa casa les molesta para sus negocios, no tengas cuidado, ya concluirán con ella. Aquí se reunen para tratar de los golpes de mano que proyectan, desde aquí se nombran y envian los escuchas y espías, aquí se reparten el botin, porque ya sabes que el ventorro de Leandro es para ellos lugar sagrado, en donde respiran tranquilos y sin sobresaltos.

—Sí, sí, ya lo sé.

—Por lo mismo,—añadió Leandro,—el dia menos pensado harán alguna diablura para librarse de la *Casa Blanca*.

Julian, en vista de las buenas disposiciones en que se encontraba el dueño del ventorro, se decidió á esplanar con toda franqueza el motivo de su visita.

Por otra parte, Leandro, efecto sin duda del par de cuartillos que se habia *echado* entre la espalda y el pecho, estaba bastante hablador.

—Querido Leandro,—dijo el cazador despues de una corta pausa,—tú me conoces bien y sabes que cuando estoy echando un trago con un amigo de confianza, me gusta hablar con franqueza.

—Sí, hombre, sí, ¿quién duda eso?—

—Somos buenos amigos, y á los buenos amigos se les debe dar parte en los buenos negocios que á uno se le presentan.

Leandro miró á Julian como si no le comprendiera.

—¿Puedo contar contigo para un asunto en que se pueden ganar cien duros?—le preguntó el cazador.

Leandro abrió los ojos enormemente y luego contestó:

—¡Pues ya lo creo! ¿De qué se trata?

—De prestar un servicio á un caballero.

—¿Le incomoda alguien en este mundo á ese señor?

—No, Leandro; es, por el contrario, porque desea salvar á uno que se halla en grave peligro.

—¿Está en la cárcel?

—No, pero se sospecha que le tienen encerrado en la *Casa Blanca*.

Leandro echó el cuerpo hácia atrás obediendo á un movimiento involuntario.

—¡En la *Casa Blanca*!—repitió,—entonces se halla en poder de la policía y debe ser un criminal de cuenta á quien desean hacer hablar.

—Nada de eso, amigo Leandro, es un pobre viejo mas honrado que Job, y si pudiéramos arreglarlo de modo para sacarle de esa ratonera, nos ganariamos,

despues de hacer una obra de caridad, un buen puñado de duros.

—Pero ¿estás seguro de que ese viejo que dices se halla en la *Casa Blanca*?

—Tengo motivos para creerlo así, y deben haberlo traído ayer.

—Calla: ¿vino en un coche de alquiler?

—Creo que sí.

—Porque un coche entró ayer á eso de las cuatro de la tarde en la casa.

—¿Tienes tú mucha confianza en Chamorro, el alcaide de esa nueva cárcel?

—Chamorro suele, á veces, contarme algunas cosas, pero es astuto como un zorro viejo.

—Ese hombre podria sernos muy útil.

—¿Quién lo duda! Sobre todo, si llegara á apuntarse un poco, porque entonces...

—Lo dice todo, ¿no es verdad?

—No lo dice todo, pero habla mas.

—¿Y viene por aquí?

—Todos los dias yo le vendo los comestibles.

Aquí llegaba la conversacion de los dos amigos, cuando los perros comenzaron á ladrar furiosamente, y en particular Colin, el gozquecillo del ventorro, al que la costumbre de vivir solo tenia siempre á punto de sobresaltarse.

¶ Pero nada tenia de estraño que los perros ladraran, pues una mano bastante pesada llamaba en aquel momento á la puerta del ventorro.

—¿Quién podrá ser?—dijo Julian.

Leandro, que no se sobresaltaba por nada, se encogió de hombros y contestó:

—Algun conocido.

—¡Á estas horas!

—¿Quién?—preguntó en alta voz Leandro.

—Abre, soy yo,—dijo una voz bronca y acatarrada.

—¡Calla, pues es Chamorro!—dijo en voz baja el ventero.

Los ojos de Julian se reanimaron.

—Aun puedes convidarle á cenar; ya sabes lo que acabo de indicarte.

Leandro hizo un espresivo gesto y se levantó, diciendo:

—¿Qué habrá ocurrido en la *Casa Blanca*? pronto lo sabremos.

Leandro abrió la puerta, no sin repartir antes algunos puntapiés á los perros.

CAPÍTULO XX.

**Donde se prueba que del vino nace
la confianza.**

Chamorro era un hombre de mas de cincuenta años, tenia el pelo cano, como asimismo las enormes patillas de forma de hacha que le llenaban los chupados carrillos.

Era bajo de estatura y de pocas carnes, pero se notaba á primera vista en su mirada que era un hombre enérgico y fuerte, á pesar de la pobreza de su físico.

Llevaba una zamarra negra de piel de cordero, faja negra de lana y pantalon de pana, un sombrero ceniciento de anchas alas y una bufanda arrollada al cuello de fresa escocesa.

Julian observó que Chamorro llevaba al cinto un revolver, arma que nunca abandonaba desde que habia entrado al servicio de la policía, porque Chamorro tenia muchos enemigos entre la gente del bronce.

Cuando entró Chamorro en la venta, dirigió una mirada oblicua y recelosa al cazador y luego dijo con mucha calma:

—Buenas noches.

—Buenas las tengas: ¿cómo á estas horas por aquí?

—le preguntó Leandro.

—Se me ha concluido el aguardiente y no he podido salir antes,—contestó Chamorro sacando una botella de á cuartillo y medio del bolsillo del pecho del chaqueton.

—Vaya, siéntate y acabarás de cenar con nosotros,

—repuso Leandro.

Y como observara que Chamorro miraba con alguna desconfianza á Julian, añadió sonriendo:

—Es un amigo mio y puedes sentarte á la mesa con nosotros.

Chamorro hizo un movimiento de hombros y dijo:

—Beberé un trago y comeré una tajada; no tengo mucha gana.

Chamorro acercó una silla á la mesa: Leandro le puso un vaso á su lado, y desde este momento comenzó á establecerse la confianza entre los tres trasnochadores del ventorro del Canal.

Para que esta fuera mayor y el vino planteara la verbosidad entre ellos, el ventero creyó prudente que Chamorro conociera á Julian; por eso, sin duda, le explicó las condiciones de su compañero de mesa, y de cuya honradez nada habian tenido que decir jamás los tribunales de justicia.

El cazador de oficio escuchó en silencio los elogios que de su persona hacia Leandro, y cuando éste concluyó, le dió las gracias á su manera.

La confianza puede decirse que quedaba establecida

entre los tres, el vino circuló con mas franqueza y la conversacion tomó una marcha mas expansiva.

Julian comprendió que no iba á perder la noche. —

—Despues de todo, para tu carácter, amigo Chamorro,—dijo Leandro,—no es muy á propósito el destino que desempeñas. Debes pasar ratos muy aburridos.

—No me divierto mucho que digamos,—contestó Chamorro haciendo un movimiento de hombros para demostrar su resignacion,—pero me voy haciendo viejo y estoy cansado de andar á salto de mata.

—Del mal el menos si se tiene algun gaje en el destino que usted desempeña,—dijo Julian,—porque sabido es que á nosotros los pobres mas nos place una propina que un jornal.

El cazador de oficio tenia buen cuidado de que el vaso de Chamorro estuviera siempre lleno.

—Yo sirvo la plaza de conserje de la *Casa Blanca* por compromiso,—añadió Chamorro.—Debo algunos favores al dueño de ella y me ha puesto ahí, y ahí estoy.

Las esplicaciones de Chamorro no eran muy claras, pero como apuraba el vaso con alguna frecuencia, Julian tuvo esperanzas de que fueran aclarándose las ideas de aquel hombre á manera que los vapores del vino se le fueran subiendo á la cabeza.

Las esperanzas de Julian no tardaron mucho en realizarse. Chamorro comenzó á ser mas expansivo. Su semblante, al principio sombrío, se reanimó y comenzó la locuacidad á presentarse.

—Á mí me agradaria poco estar todo el dia encer-

rado en una casa,—dijo Julian,—¡Estoy tan acostumbrado á la libertad!...

—¡Y á quién no le gusta la libertad!...—contestó Chamorro;—pero no siempre se hace lo que se quiere. Desde que estoy en la *Casa Blanca* no hago otra cosa que dormir y estar de mal humor, pero es preciso tener paciencia y la tengo.

—Sí, yo bien conozco que hay compromisos en la vida que no puede uno librarse de ellos,—añadió Leandro,—pero ¿qué necesidad tienes tú de servir á un amo?

—Ya te he dicho que estoy cansado de andar á salto de mata.

—¡Bah!... un rato de vida es vida, como suele decirse.

—Querido Leandro, tú ya sabes que el señor Quesada es muy buen amigo y muy mal enemigo. Él me ha dicho: «Chamorro, necesito que cuides de la *Casa Blanca*, de esa ratonera en donde cogeremos muchos ratones, y tú vas á ser el gato, que, colocado á la puerta, no dejarás salir á ninguno.» ¡Quién diablos le dice que no al señor Quesada!... tú le conoces. De manera que me resigno á hacer el papel de gato y siempre me tienes junto á la puerta con las uñas afiladas y los bigotes erizados.

Chamorro, ó bien sea por el vino, que comenzaba á hacer su efecto, ó bien porque creyera que habia dicho una gracia, soltó una carcajada.

Esta carcajada fué tan intempestiva, que Julian y Leandro cambiaron una mirada de inteligencia.

—Pues yo que tú,—dijo Leandro,—procuraria aprovecharme de la ocasion, porque ya sabes que la pintan calva, y haria lo que hacen los alcaides de las cárceles.

—¡Oh! eso ya lo hago cuando puedo, y no falta alguna propineja. Sin ir mas lejos, esta noche han caido un par de duros. Bien es verdad que ahora tenemos, segun parece, un pájaro de cuenta en la casa.

—¡Hola, hola!—repuso el ventero guiñando un ojo, —pues yo en tu lugar no seria tonto.

—Ya sabes tú que no lo soy,—contestó Chamorro riéndose de un modo algo parecido á la borrachera.

—¿Será algun criminal de *ordogo*?—le preguntó Leandro.

Chamorro se encogió de hombros.

—No sé si es criminal político ó lo que es, pero me lo han recomendado mucho, y como si yo no bastara para cuidarle, han puesto dos hombres mas.

—Eso es tener desconfianza.

—¡Á mí qué me importa! Así estoy mas descansado y tengo menos responsabilidad.

Y soltando un ruidosa carcajada, añadió:

—Si yo quisiera, á pesar de esos dos hombres que le celan y que no conozco, pero que se me ha mandado que obedezca, podria darle la libertad al preso sin abrir la puerta.

Julian escuchaba con gran interés á Chamorro, porque las últimas palabras que acababa de pronunciar le daban á entender que la *Casa Blanca* tenia una salida secreta.

Llenó de nuevo el vaso de Chamorro, hizo á Leandro una seña de inteligencia y dijo:

—Hace muy mal el señor Quesada en tener desconfianza en usted.

Chamorro miró con soñolientos ojos al cazador, y haciendo una mueca repugnante, añadió:

—No es mi jefe el que tiene desconfianza; si acaso serán los otros.

—Pero, ¿quiénes son los otros?—preguntó el ventero.

Chamorro se encogió de hombros y repuso:

—Ni lo sé ni me importa. Pero si yo quisiera, volaría el pájaro.

Y Chamorro se levantó.

—¿Dónde vas?—le preguntó Leandro.

—¡Toma! á mi casa,—contestó Chamorro cogiendo la botella del aguardiente.

Julian indicó á Leandro con la vista que le detuviera.

—¿Tienes prisa?

—Tengo sueño. Conque, ¡buenas noches!

—Pero, ¿te vas sin decirnos quién es ese pájaro que teneis cautivo?

—¿Y á tí qué te importa?—contestó recelosamente Chamorro.

—Hombre, ¿pues no me ha de importar? porque segun quién sea, así haré las provisiones en Madrid, pues ya sabes que mi ventorro es la fonda de la *Casa Blanca*.

—Pues no te apures por eso, porque si no he oido mal, creo que se trata de sitiarse por hambre para que cante.

Julian se estremeció. Comprendía que el tiempo era oro para salvar al doctor Samuel, y aunque no tenía gran confianza en Chamorro, le dijo:

—No me gustaria mucho morirme de hambre.

—Pues el pájaro que hoy tenemos en la *Casa Blanca* ó *canta* ó la *entrega*,—volvió á decir Chamorro.—Pero aquí sobra uno. ¡Buenas noches, señores!

Leandro quiso detener á Chamorro, pero éste, que habia formado la resolucion de salir del ventorro y que aun conservaba un poco serena la cabeza, se dirigió hácia la puerta, diciendo:

—Tengo prisa, Leandro, mañana será otro dia.

Apenas habia salido Chamorro cuando Julian se puso de pié.

—¿Te marchas tú tambien?—le preguntó Leandro.

—Sí, pero antes voy á darte un encargo. Es preciso, cueste lo que cueste, que descubras la salida secreta de la *Casa Blanca*.

Leandro se sonrió con cierta socarronería.

—¿Tanto te interesa?—dijo.

—¡Oh! mucho.

—¿Y con qué objeto?

—¡Toma! con el de salvar al que tienen encerrado.

—Pero aunque se descubra la mina...

—¡Ah! ¿es una mina?

—Sí, una mina subterránea, una cueva inmensa que tiene su salida bastante lejos de la casa.

—Luego tú sabes...

—Yo sé algo, pero si me das tiempo, puedo saberlo

todo, porque Chamorro tiene en mi cierta confianza, sobre todo cuando está á *media vela*, y nada mas fácil que preparar un vinillo blanco con un poco de aguardiente y convidarle á almorzar.

—Pues bien, Leandro, vamos á hablar con toda franqueza. Se trata de salvar al hombre que tienen preso en la *Casa Blanca*. Si tú me proporcionas los medios, tendrás una buena recompensa.

—No se hable mas del asunto. Mañana sabremos algo que pueda servirnos de mucho.

—Toca esta mano,—añadió Julian.

—Déjalo á mi cargo.

—¿Á qué hora quieres que venga?

—Á la caída de la tarde.

—No faltaré.

—Una pregunta,—añadió Leandro.

—Haz todas las que quieras.

—¿Sabes tú qué crimen ha cometido el que está preso?

—Ninguno.

—¿Cómo ninguno!—añadió con asombro Leandro.—Será, por lo menos, un conspirador terrible.

—Es sencillamente un pobre médico que tratan de perder porque posee un secreto.

Leandro no comprendió ni una palabra de lo que Julian le decia.

—¿Tienes inconveniente en decirme su nombre?

—¿Por qué deseas saberlo?

—Porque pudiera tener necesidad de ello.

—No comprendo esa necesidad.

Leandro añadió con marcada intencion:

—Por el interés que me demuestras, por la recompensa que me has ofrecido, aunque yo no sea un sabio, he comprendido que si bien unos quieren perder al preso, otros tienen deseos de salvarle.

—Es claro.

—Y debo juzgar que, tanto los que están en favor como los que están en contra, son personas de algun arraigo y de intereses.

—Sí.

—Pues bien; figúrate que yo, durante tu ausencia, descubro el camino subterráneo y tengo ocasion de salvar al preso.

—¡Ah! voy comprendiendo: continúa.

—Como iba diciendo, figúrate que yo descubro el camino de la mina, que segun nos ha indicado Chamorro, vá desde la casa al campo.

—Aunque lo descubras debes esperar mi regreso.

Leandro agitó la cabeza en sentido negativo.

—No, querido Julian. Si la cuestion se reduce á salvar á un preso, yo estoy mas enterado que tú de lo que es, y muchas veces se malogran grandes trabajos por retardar un minuto. Tú, amigo Julian, no has vivido en las cárceles; yo tengo alguna esperiencia y conozco que es preciso atar muy bien todos los cabos. Figúrate por un momento que, como te he dicho antes, se me presenta una ocasion y me veo en la necesidad de llamar al preso por su nombre, ¿cómo me lo arreglo si no lo sé?

¿Cómo logro inspirarle confianza para que me siga y me ayude á salvarle?

—Tienes razon.

—Una de dos: ¿ó te inspiro ó no te inspiro confianza? En el primer caso no te duela soltar prendas; en el segundo no me des parte en el negocio y asunto concluido.

Julian comprendió que su amigo tenia razon.

—Dices bien, no debo tener ningun género de reserva contigo. Si salvamos á ese hombre, recibirás una buena recompensa, además de la gran satisfaccion de haber sido útil á un inocente: se llama Samuel Fuentes.

Al oir este nombre Leandro levantó la cabeza con energía como el que oye algo que le llama la atencion.

—Yo conozco ese nombre y ese apellido: ¿qué edad tiene ese hombre?

—Bastante viejo.

—¿Es médico?

—Sí.

—¿Se halla establecido en un pueblo cercano á Guadalupe?

—No lo sé.

—Samuel Fuentes, médico y viejo. ¡Oh! no puede ser otro, —añadió Leandro como hablando consigo mismo.

—¿Le conoces?—preguntó Julian.

—Si es el que yo sospecho, no solamente le conozco, sino que debo estarle agradecido. Pero ya te hablaré de esto en otra ocasion; ahora lo importante es salvarle, y tengo gran esperanza de conseguirlo.

Y Leandro, cogiendo de la chimenea una vela de sebo, añadió sonriéndose:

—¿Tienes mucha prisa en volver á Madrid?

—Tengo prisa en salvar al doctor Samuel.

—Pues coge tu escopeta y sígueme.

—¿Á dónde vamos?

—Á las Cuevas de los Toriles, á ver si tropezamos con el camino subterráneo que conduce á la *Casa Blanca*.

—¡Ah! ¡luego tú sabes!...—preguntó Julian con alegría.

—Te he dicho que sé algo, pero necesitamos saberlo todo. Sígueme.

Leandro entró en su alcoba, cogió un par de pistolas de arzon, se las puso al cinto, mientras que Julian se colgaba la escopeta del hombro y luego salieron los dos.

—¿Llevamos los perros?—preguntó Julian.

—El Colin es un alborotador que le ladra hasta á su sombra. Mejor vamos sin ellos.

—Como quieras.

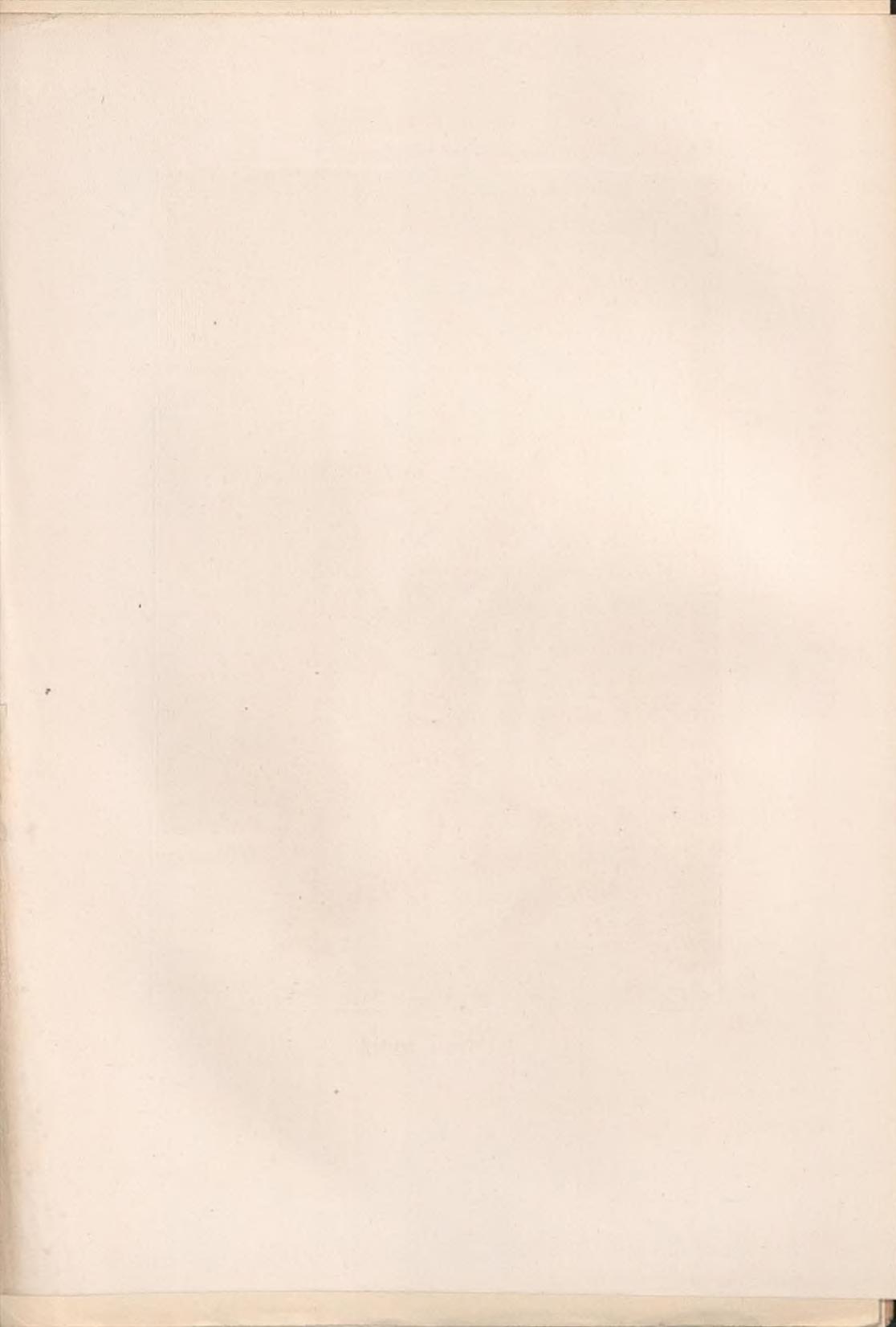
—Pues andando.

Leandro cerró la puerta, y los dos amigos, tomando la orilla izquierda del Canal, se dirigieron hácia los barrancos donde se hallan las Cuevas de los Toriles.

EL MANUSCRITO DE UNA MADRE.

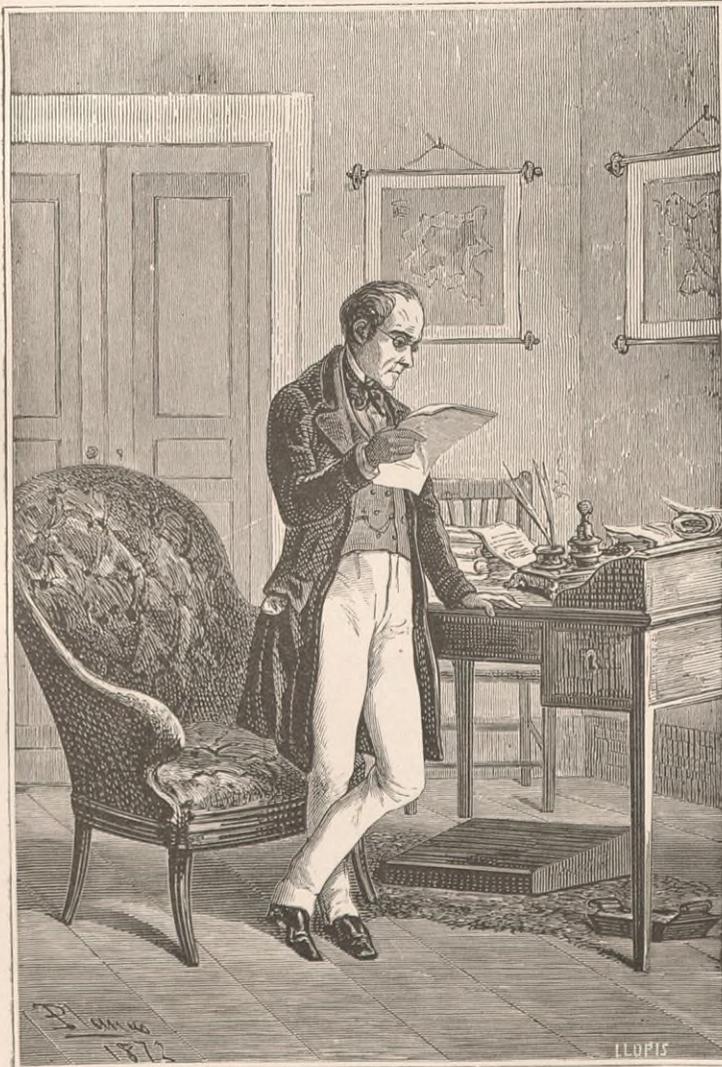


¿USTED AQUI?

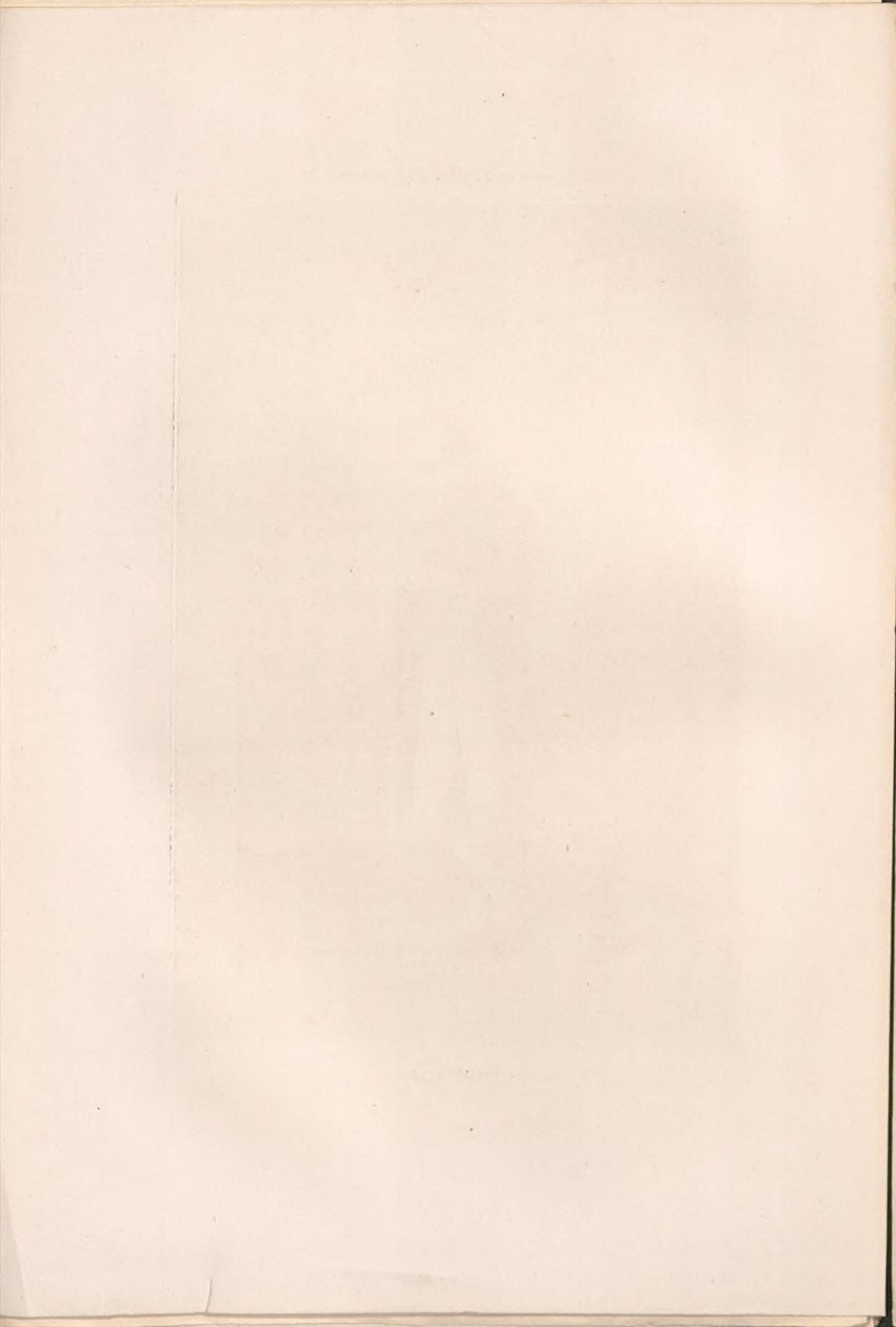


247-2229

EL MANUSCRITO DE UNA MADRE.



QUESADA.

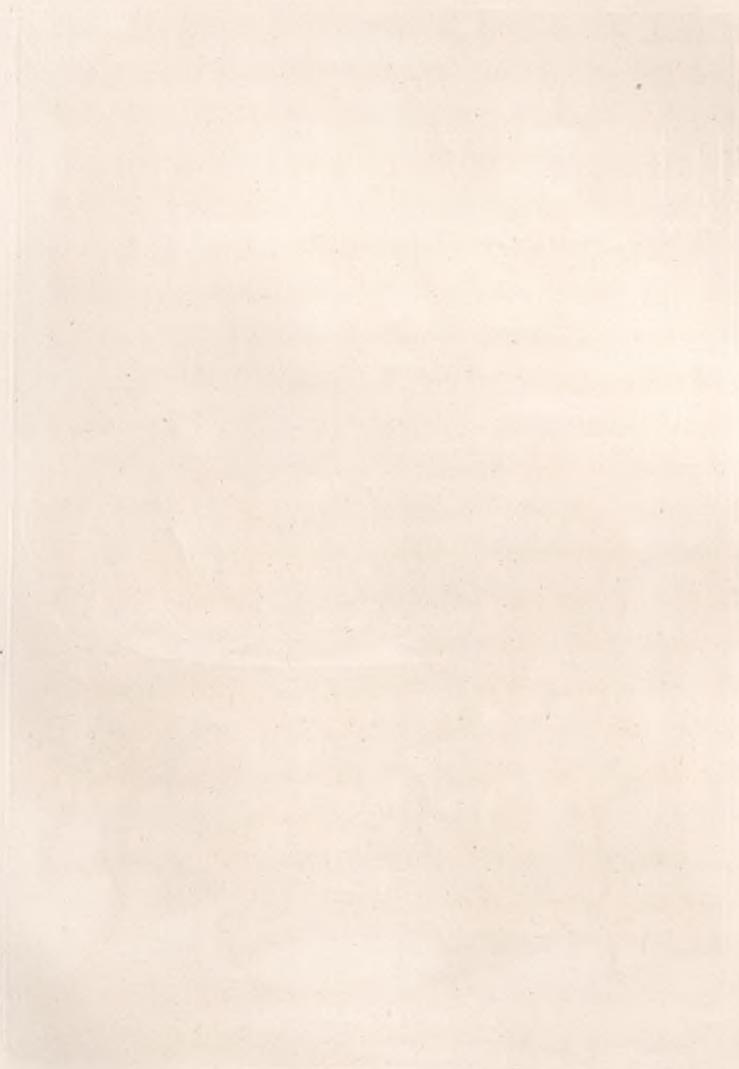


EL MANUSCRITO DE UNA MADRE.



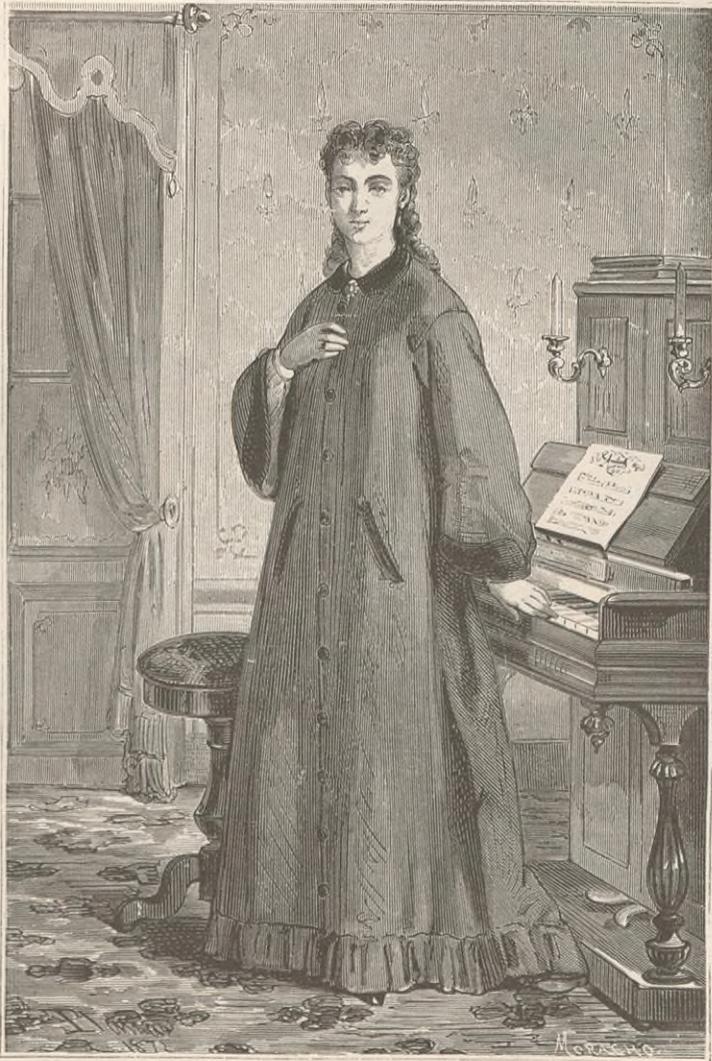
ESE CRÁNEO QUE TE SOBRECIGE.....

THE UNIVERSITY OF CHICAGO



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

EL MANUSCRITO DE UNA MADRE .

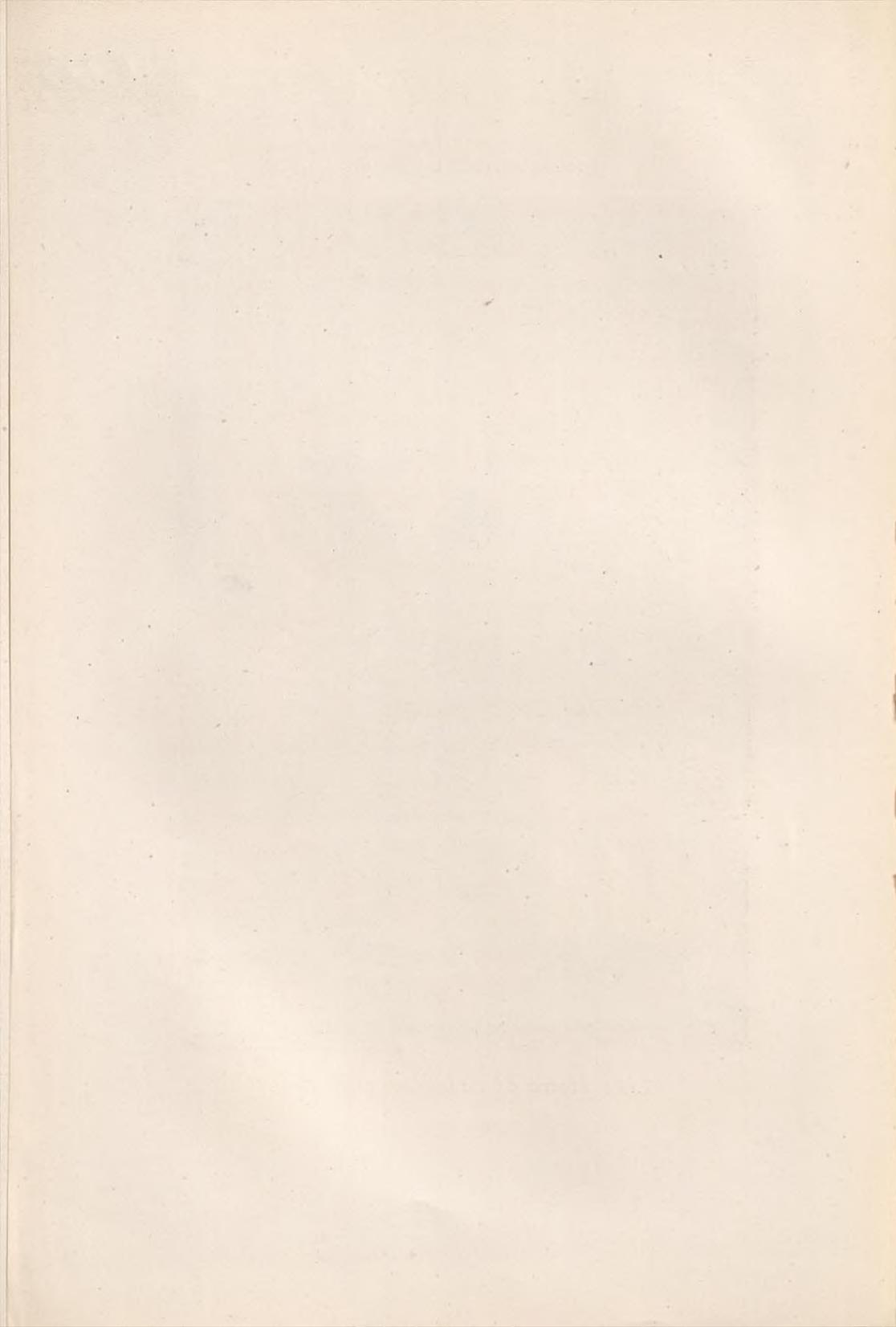


Clotilde .

EL MANUSCRITO DE UNA MADRE .



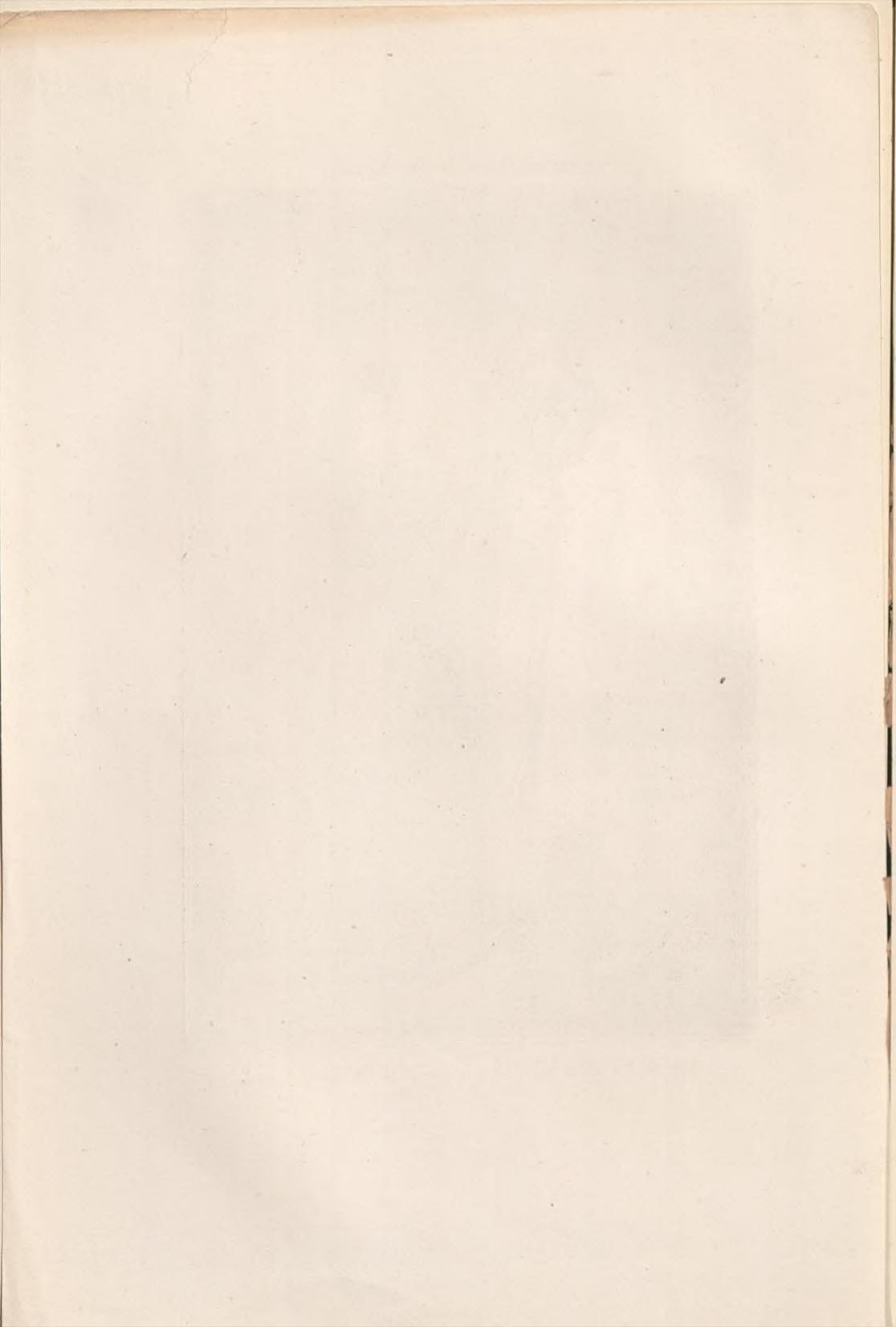
Tiró con fuerza del cordon de la campanilla .



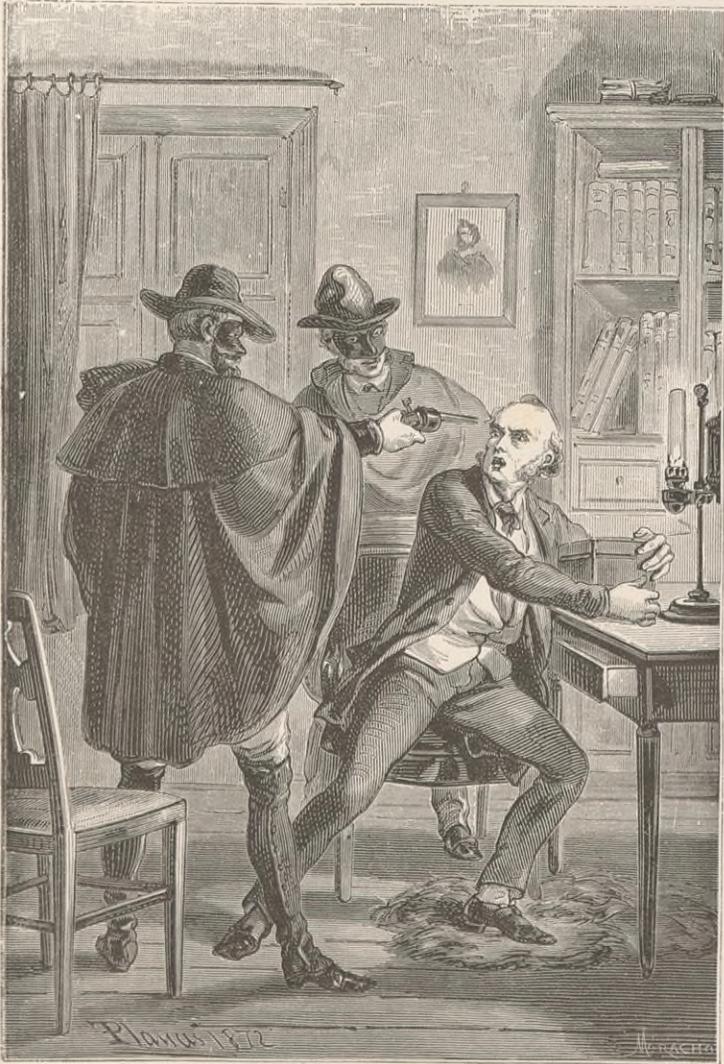
EL MANUSCRITO DE UNA MADRE.



Hoy me has hecho una mala partida.— Dijo Clotilde al general.



EL MANUSCRITO DE UNA MADRE.

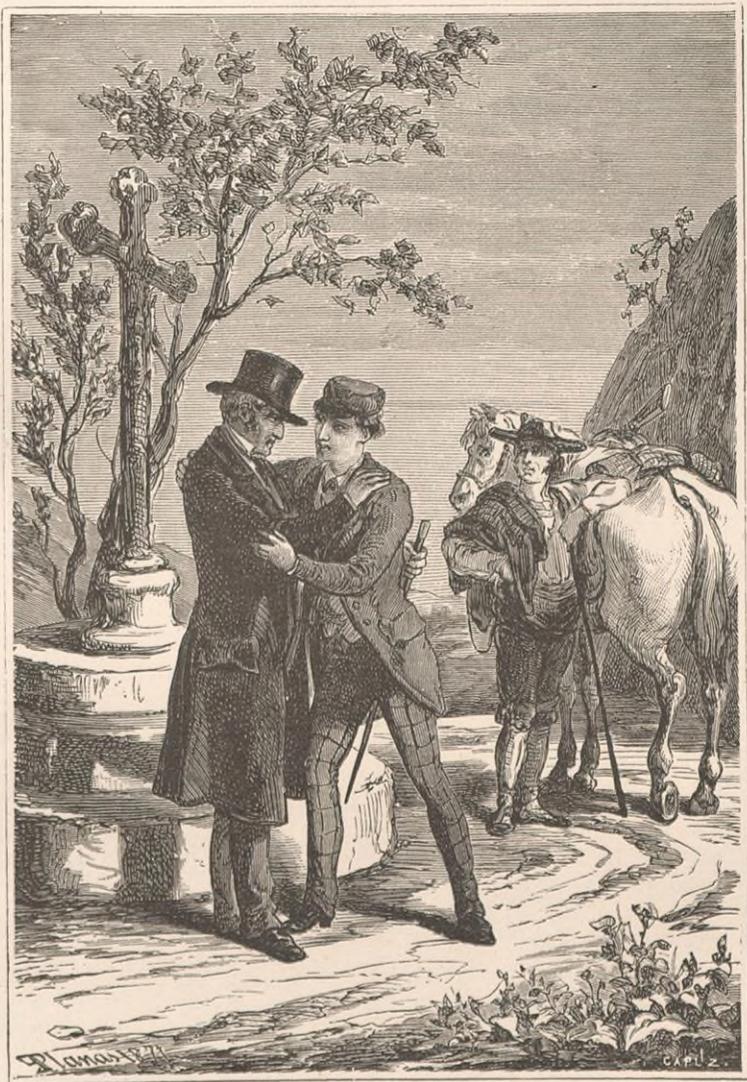


Pues bien, vas á morir, el secreto que posees merece la muerte.

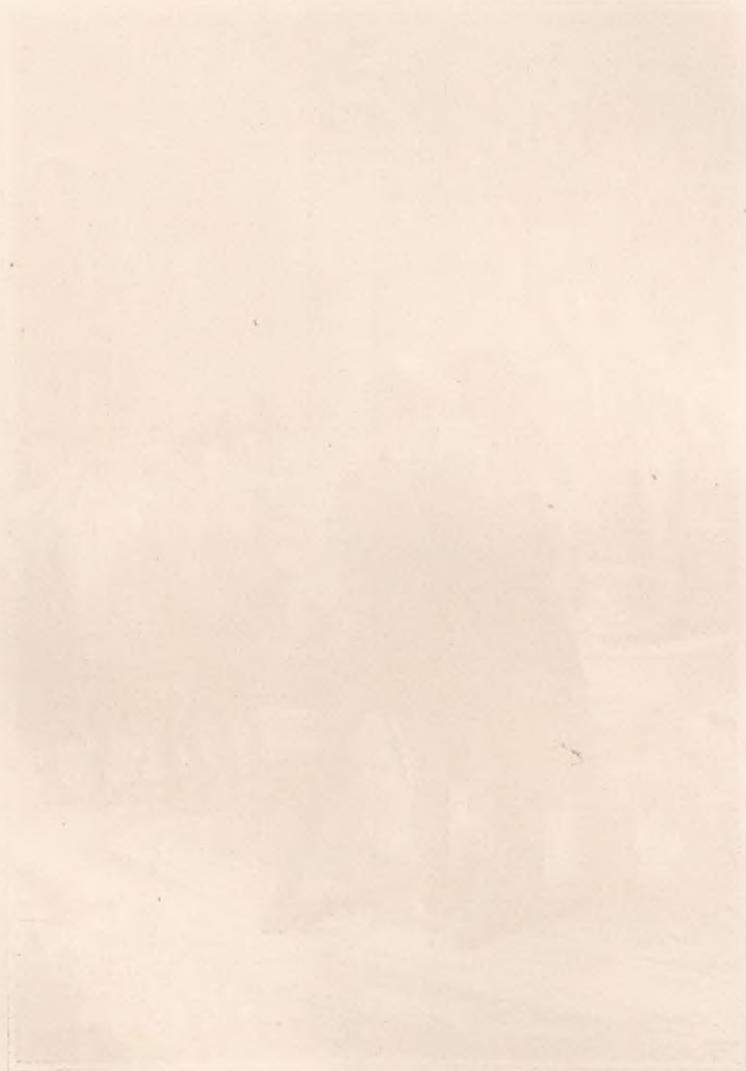
184-71A



¡Dios mío! ¡Cuanto se ama a los hijos!



Venga un abrazo y que Dios te dè suerte.



Copyrighted material

EL MANUSCRITO

UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

EN CUATRO TOMOS

EL MANUSCRITO DE UNA MADRE.



D. Eugenio Claros

TOMO I

LA CRISIS

LA CRISIS Y LA REVOLUCION

EN LA REVOLUCION DE 1848

EL MANUSCRITO DE UNA MADRE.

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA POR

D. Eusebio Planas.

~~~~~  
TOMO II.  
~~~~~

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES,

calle de las Hileras, núm. 14.

1872.

EL MANUSCRITO

UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

EN ACTO

FERRIQUÉ PEREZ ESCRIBIÓ

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

LIBRERÍA FOR

D. Pascual Planas

TOMO II.

MADRID

JOSE ASTOR Y COMPAÑÍA EDITORES

Calle de las Huertas, núm. 14

LIBRO NOVENO.

El todo por el todo.

CAPÍTULO PRIMERO.

Noche de angustia.

El doctor Samuel habia mirado con fria impassibilidad todos los peligros que amenazaban de muerte á su persona.

Corazon entero, alma recta, inteligencia superior, miraba la vida con el desprecio que se merece.

En otra ocasion, Santiago, el ayuda de cámara de Lostan, habia apuntado el frio cañon de su revolver sin que el noble anciano se conmoviera. Preso en la *Casa Blanca* y conociendo que solo la muerte podia escapar de sus enemigos, les habia demostrado que ni el miedo ni el sobresalto turbaban su sueño.

Pero el valor sereno de Samuel le abandonó rápidamente ante el mágico poder de una palabra que amenazaba á su querido huérfano.

«Daniel es el obstáculo,» le habia dicho el enmascarado, «rompiéndolo, todo ha concluido.»

Desde este momento, Samuel se sintió intranquilo, tuvo miedo; un malestar general le abrumaba y en vano buscaba un recurso, un medio para avisar al conde de la Fé del peligro que corría Daniel.

—¡Ah!—esclamaba hablando consigo mismo y dando paseos por la sala.—Es imposible que yo salga de esta maldita cárcel, que yo avise al conde ó á Mendez, y el general es bastante infame para matar á su hijo.

Y como si esta sospecha le horrorizara, detenía sus paseos, levantaba las manos al cielo, se golpeaba la frente y esclamaba con acento desesperado:

—¡No, no es posible que exista un hombre tan infame sobre la tierra sin que se abra y se lo trague!...

Esta lucha desesperada agotaba su fuerza vital y se veía precisado á dejarse caer en el sofá desfallecido.

Allí, cubierto el venerable rostro con las manos, lloraba como un niño aquel mismo que, despreciando la vida, se habia reido de la muerte.

Otras veces el noble rostro del anciano se serenaba y entonces una sonrisa de alegría infinita asomaba á sus labios.

—No lo matará, no lo matará,—se decía.—Por infame, por miserable, por malvado que sea un padre, no es posible que mate á su hijo. Él lo ha dicho para hacerme miedo, para obligarme á que guarde el secreto, para tenerme sujeto á su voluntad, para que sea su esclavo.

Apenas Samuel se habia hecho estas tranquilizadoras reflexiones, volvía á palidecer y á estremecerse, porque nuevamente la duda, el temor de que el gene-

ral Lostan cometiera tan horrendo crimen, le asaltaba.

—¡Ah! ¡quién hubiera dicho á aquella infeliz mártir, —esclamaba,—que antes de lanzar el último aliento puso en mí toda la confianza, creyéndome el salvador de su hijo, que habia de encontrarme en tan desesperada situacion! Nada me importa la vida, ella lo sabe, ella lo vé desde el cielo... pero, ¿cómo salvar á Daniel si he de cumplir el encargo que su madre me hizo antes de morir?... Si guardo el secreto, Daniel será á los ojos de la sociedad un bastardo; si lo publico, dándole un apellido que legítimamente le pertenece, su existencia corre peligro de muerte. ¡Qué hacer, Dios mio, qué hacer!...

Y Samuel permanecía inmóvil, con la frente apoyada en las manos y derramando ardientes lágrimas.

La energía, el valor del anciano flaqueaban ante la terrible amenaza del general Lostan.

—Sí, le matará, le matará,—esclamaba de vez en cuando;—y yo, encerrado en esta maldita habitacion, no puedo correr á su lado para salvarle del peligro que le amenaza.

Otras veces el doctor recorría la sala buscando el modo de evadirse, pero pronto se convencía de que era imposible.

Así pasó la noche. La claridad del alba penetró por la alta ventana, y entonces Samuel, fatigado, se dejó caer en el sofá.

Poco despues oyó descorrerse el cerrojo de la puerta. Samuel se incorporó y vió entrar á un hombre con el rostro cubierto. Era Santiago.

Durante algunos segundos permanecieron mudos é inmóviles el uno delante del otro.

Por fin Santiago rompió el silencio, diciendo:

—Siempre me han inspirado respeto las canas.

—Si eso es cierto, ¿por qué te conviertes en mi verdugo? ¿Por qué no me abres las puertas de esta cárcel? —dijo Samuel.

—Porque me es imposible hacer eso; porque no me pertenezco á mí mismo.

—¿Es el interés, el afan del lucro el que te obliga á ejercer un oficio infame? Dilo con franqueza, y tal vez podremos entendernos.

—No es el interés, es el agradecimiento,—contestó con voz sombría Santiago.

—La gratitud no obliga á cometer infamias. El hombre agradecido puede dar su hacienda y su vida, pero nunca su honra ni la paz de su conciencia.

—Señor doctor, usted podrá pensar lo que quiera de mí, podrá juzgar mi conducta del modo que lo tenga por conveniente, pero es la verdad que su suerte me inspira un gran interés.

Samuel se encogió de hombros, demostrando la indiferencia con que oía aquellas palabras.

—Yo he recibido órdenes terribles,—añadió Santiago,—que cumpliré con exactitud, por mas que me inspiren una gran repugnancia. Usted puede evitarme la complicidad en un crimen que me horroriza.

—¿Y qué órdenes son esas?—preguntó Samuel con frialdad.

—Obligar á usted por hambre á entregar el documento que posee y á jurar un silencio eterno.

Samuel se sonrió desdeñosamente.

—Confío en que la Providencia vendrá en mi ayuda.

—¡Vana esperanza! Solo usted puede ser para sí mismo la Providencia.

Samuel se quedó mirando fijamente al enmascarado, y despues de una corta pausa dijo:

—Indudablemente tú y el infame general Lostan, á quien sirves, os habeis creido que el doctor Samuel es un imbécil. ¿De qué me serviría jurar guardar el secreto? ¿de qué el entregar el importante documento que poseo? De nada. El marqués ganaría algunos dias de tiempo, y luego, buscando el modo de poner término á mi vida, daría fin á este misterioso drama que turba su sueño y conmueve su espíritu.

—El general cumpliría su palabra.

—Mientes, porque el general ha faltado cien veces á ella y faltará ahora. Un hombre tan infame como el marqués del Radio no puede inspirar confianza á la gente honrada.

—Por la última vez, doctor, ¿accede usted á mis súplicas?

—No: desde la noche que descargaste tu arma sobre mi frente, está declarada entre nosotros guerra á muerte. Si el general no reconoce á su hijo públicamente, si no vindica la memoria de la pobre mártir, puede matarme de hambre, puede clavar un puñal en mi pecho, pues de lo contrario, el dia que la casualidad abra las

puertas de mi cárcel, yo arrancaré la máscara con que se encubren sus infamias.

Santiago exhaló un profundo suspiro, murmurando en voz baja:

—Viejo terco, te ofrezco la vida y la rechazas... tanto peor para tí.

Y diciendo esto, salió de la habitación.

Algunos minutos despues volvió á entrar con un jarro lleno de agua y un pan, puso ambas cosas sobre la mesa y dijo:

—Hace mas de veinte horas que no ha comido usted. El tormento del hambre comienza. Hasta mañana.

Samuel nada dijo, le vió salir sin detenerle, y algunos segundos despues se sentó cerca de la mesa, cogió el pan, lo partió con las manos y se puso á comer tranquilamente, diciendo:

—Con este alimento puede pasarlo bien un hombre sóbrio veinticuatro horas, sin sentir la calentura del hambre; ¡quién sabe lo que sucederá en ese tiempo! No me hago ilusiones... mi enemigo es temible. ¡Ah, si yo pudiera avisar mi situacion al doctor Mendez!...

Samuel suspiró. Su deseo era imposible, porque el general Lostan habia elegido bien su carcelero.

La esperanza, que nunca abandona al hombre, se albergaba en el corazon del anciano.

—Dios no puede abandonarme,—se dijo,—sea, pues, lo que él quiera.

Y continuó comiendo su pan duro.

CAPÍTULO II.

Donde el cazador da cuenta de sus pesquisas.

Serian las siete de la mañana. El doctor Mendez se hallaba profundamente dormido cuando entró su ayuda de cámara.

Un médico no se estraña ni se sobresalta porque le despierten: está tan acostumbrado á que interrumpen su sueño, á que le molesten en sus horas de solaz, que le parece lo mas natural; pero tiene el derecho de enfadarse, de maldecir su profesion y aun el de tirar algo á la cabeza del criado que le despierta.

Mendez oyó que le llamaban, y con no muy agradable humor reprendió á su ayuda de cámara, preguntándole al mismo tiempo la hora que era.

—Acaban de dar las siete.

—¿Y quién diablos se muere tan temprano?—preguntó Mendez.

—No se muere nadie, señor,—contestó el criado sonriéndose.

—¡Entonces!—esclamó incorporándose el médico,—
¿por qué me despiertas?

—¿Olvida usted lo que me dijo anoche antes de
acostarse?

—¡Ah, sí!... pero, ¿ha venido Julian?

—Está esperando en la antesala.

—¡Que entre al instante!—añadió Mendez con pre-
cipitacion.

Un minuto despues el cazador de oficio se hallaba
junto á la cama de Mendez.

—¿Qué hay?—le preguntó con vivo interés, incorpo-
rándose.

—Me parece que no he perdido la noche,—contestó
Julian sonriéndose con marcadas muestras de satisfac-
cion.

—¡Ah! ¿luego tienes buenas noticias que darme?

—Buenas y malas, de todo hay en la viña del Señor.

—Espíciate pronto, me tienes impaciente.

—Ante todo, el doctor Samuel está en la *Casa
Blanca*.

—¿Le has visto?

—No, señor, porque si le hubiera visto es fácil que
le hubiera traído conmigo.

—Entonces, ¿cómo sabes...

—Haré á usted una relacion de todo lo que me ha
ocurrido esta noche.

—Espera. Dame esa bata, voy á levantarme.

Mendez se vistió en cuatro segundos y fué á sentarse
en una butaca.

Julian ocupó una silla á su lado y continuó hablando de este modo:

—En primer lugar, diré á usted que la *Casa Blanca*, en donde se halla encerrado el doctor Samuel, está situada junto al tercer molino, como á unos trescientos pasos del barranco de los Toriles. En este barranco existen algunas cuevas, practicadas por la mano del hombre algunas, otras son escavaciones que ha hecho el rio en sus desbordamientos. Una de estas cuevas tiene un camino subterráneo que comunica con la *Casa Blanca*. Por este camino es preciso sacar al doctor Samuel. Pero necesitamos mucha prudencia, mucha oportunidad, porque de lo contrario seria fácil que, en vez de salvarle, le perdiéramos para siempre.

Mendez escuchaba con vivo interés á Julian, no se atrevia á interrumpirle, y solo cuando el cazador hizo una pausa, le dijo:

—¿Y cómo has sabido todo eso?

—Anoche, cuando nos separamos,—añadió Julian,—tuve el buen pensamiento de dirigirme á la *Casa Blanca* que se halla en el Canal, y poco antes de llegar oí pisadas de caballo que se dirigian hácia aquel sitio. La noche era oscura y me eché boca abajo en la arboleda. Poco despues ví pasar, á pocos pasos de distancia del sitio donde me hallaba, dos jinetes, uno de estos jinetes daba al otro el tratamiento de V. E.

—¡Ah! ¿seria el general?

—Lo ignoro, pero supongo que era un alto personaje, y supuse que á tales horas y por semejante sitio

no se pasearía por gusto. Esto picó mi curiosidad, procuré seguirlos y pocos momentos despues se detenian delante de la cerrada puerta de la *Casa Blanca*. Llamaron, les abrieron y entraron: yo me quedé esperándoles tendido en el suelo, perfectamente oculto en un sitio desde donde veia la cerrada puerta de la *Casa Blanca*.

Julian continuó relatando todo lo que le habia sucedido la noche anterior en el ventorro del Canal.

Mendez le escuchaba con profundo interés, porque de aquella narracion estaba pendiente la vida de un pobre anciano.

Cuando llegó al momento en que Chamorro se despidió para regresar á la *Casa Blanca*, de donde era guardian, Julian continuó de este modo:

—Salimos del ventorro resueltos á penetrar en la cueva que, segun Leandro, tiene un camino subterráneo que conduce á la *Casa Blanca*, y efectivamente el camino existe. La cueva tiene en lo mas profundo de ella dos galerías, la de la izquierda se prolonga como á unos treinta metros, donde concluye; Leandro dió un golpe con la culata de la pistola que llevaba en la mano sobre el húmedo muro de la cueva que nos cerraba el paso: el golpe sonó como en hueco; allí indudablemente hay una piedra y detrás de ella debe estar la entrada de la *Casa Blanca*.

—¿Y entrasteis por fin?...

—Eso hubiera sido una imprudencia; para entrar por allí es preciso contar con un buen amigo.

—Dices bien.

—Seguros de que el camino existia, volvimos á des-
andar lo andado y regresamos al ventorro.

—Querido Julian, estoy sumamente satisfecho del
buen resultado de tu expedicion, pero es preciso salvar
al doctor Samuel. Cada hora que permanezca encerrado,
es un nuevo peligro de muerte que se halla suspendido
sobre su cabeza. Es preciso, pues, á todo trance sacarle
de la *Casa Blanca*, aunque para conseguirlo sea preciso
poner fuego al edificio.

—¿Poner fuego?—repitió Julian sonriéndose;—en
verdad, señor Mendez, que acaba usted de darme una
idea luminosa.

—¡Cómo!

—Me explicaré.

—No deseo otra cosa.

—El guardian de la *Casa Blanca* es un ladron ju-
bilado.

—Entonces no será difícil comprarle.

—De eso trato.

—Continúa esponiendo tu plan.

—Pues como iba diciendo, el señor Chamorro, guar-
dian de la *Casa Blanca*, empleó los dias y las noches de
su juventud en apoderarse de lo que no era suyo sin
permiso de sus dueños, y esta profesion, mas lucrativa
que honrosa, le condujo á la cárcel de Villa alguna que
otra vez.

—Entonces no será difícil comprar á ese hombre
con un puñado de oro.

—Creo lo mismo, pero tropezamos con otra dificultad.

—¿Cuál?

—Que no es Chamorro el único guardian del doctor Samuel.

—¡Ah!

—Le celan además dos hombres, puestos sin duda por el general Lostan.

—Pero si Chamorro nos abriera esta noche la puerta...

—Tendríamos indudablemente que mantener una batalla antes de llegar á la habitacion en donde se halla Samuel.

—Es verdad. Eso podria comprometer la vida del pobre anciano. Busquemos otro medio.

—Tengo mi plan.

—Habla.

—Demos por hecho,—añadió Julian,—que Chamorro se decide á servirnos y á ayudarnos por un puñado de oro.

—Sí, adelante.

—En ese caso, mi amigo Leandro, el dueño del ventorro del Canal, y yo entramos por la galería subterránea de la cueva. Chamorro nos espera dentro y nos conduce sin ser vistos hasta una habitacion inmediata á la que ocupa el doctor.

—Perfectamente,—añadió Mendez frotándose las manos con alegría como si Samuel se hallara fuera de todo peligro.

—Una vez allí, se busca la ocasion de caer sobre los hombres que se oponen á nuestros deseos, y si se resisten, entonces se recurre á las armas.

—Pero ¿tienes tú confianza en salir airoso de la empresa?

—Sí.

—¿Puedes confiar en Chamorro y Leandro?

—Tambien; solo que Leandro, á quien le he propuesto que tome una parte activa en el negocio, me ha exigido una cosa.

—¿Qué?

—Pegarle fuego á la casa.

—¿Y qué interés tiene él en ello?

Julian se sonrió maliciosamente y repuso:

—La *Casa Blanca* es una mala vecindad para el dueño del ventorro del Canal.

—No comprendo...

—Procuraré explicarme. La mayor parte de los parroquianos que concurren al ventorro de Leandro se hallan fuera de la ley, y la *Casa Blanca* es para ellos un pájaro de mal agüero que les acecha, dispuesto á apresarles con sus garras. Esto les tiene retraidos, y Leandro vé de dia en dia disminuir sus ganancias. La cuestion, para mi amigo, se reduce á que desaparezca lo que le espanta la parroquia, y si la casa se quema, no es tan fácil que vuelvan á reedificarla.

—Ahora lo comprendo todo.

—Tengo además otro plan en el caso de que Chamorro no acepte mis proposiciones.

—Veo que he hecho bien en buscarte para este negocio. Veamos ese plan.

—Esta noche volveré yo al ventorro del Canal, lle-

vando una botella de vino compuesto con ópio. Chamorro cenará con nosotros y beberá del vino que debe producirle un sueño profundo. Durante su sueño, Leandro, que conoce perfectamente la casa, entrará en ella abriendo la comunicacion del subterráneo.

—Pero en ese caso, tú no puedes ir solo por la cueva, y yo quiero acompañarte.

—Señor Mendez,—añadió Julian sonriéndose,—usted no sirve para estos asuntos.

—¿Sabes que podria ofenderme de tus apreciaciones?

—En lo que haria usted muy mal, porque no ha sido ese mi ánimo. Además, yo no creo que corro ningun peligro cuando me propongo una obra buena.

—Sin embargo, yo quiero acompañarte.

—Si usted se empeña en eso, no daré ni un solo paso para salvar al doctor Samuel.

—Vamos, Julian, no seas terco y déjame tomar alguna parte en el asunto.

—No cedo ni una línea, quiero para mí toda la gloria, y llevaré á cabo la empresa solo ó con gente que yo he de buscarme, y créame usted, señor Mendez, el asunto no saldrá del todo mal.

—Pero...

—No hablemos mas de este negocio. Disponga usted una botella de buen vino de Jerez ó viejo, con la cantidad de ópio que crea usted conveniente, y vendré por ella á las tres de la tarde. Mientras tanto, buscaré á un amigo de mi confianza y dormiré un poco despues para no tener sueño esta noche.

—¿Necesitarás también dinero?

—No mucho, pero siempre necesitaré algo para comprar á Chamorro.

—¿Y en el caso de que no se venda?

—¡Oh! entonces nos valdremos del vino compuesto. Julian se levantó.

—¿Te marchas?—le preguntó Mendez.

—Es preciso aprovechar el tiempo.

—Tienes razon. ¿Á qué hora nos veremos?

—Á las tres en punto.

—Te esperaré aquí.

—Hasta luego, pues, señor Mendez.

Cuando salió Julian, Mendez se sonrió y se dijo hablando consigo mismo:

—Vale mucho, mucho este pobre Julian: seria capaz por mí de echarse en medio de una hoguera; pero yo no debo dejarle solo y le acompañaré.

Y mirando el reloj, añadió tirando de la campanilla:

—Que enganchen el coche. Voy á hacer la visita.

Luego comenzó á vestirse.

CAPÍTULO III.

La primera imprudencia.

El mismo día y á la misma hora que Julian despertaba al doctor Mendez para darle cuenta de sus investigaciones, el señor Castro entraba en la alcoba del conde de la Fé.

—¿Qué ocurre?—le preguntó don Fernando incorporándose en la cama.

—Una buena noticia.

—¿Se ha encontrado al doctor Samuel?

—Es mucho mejor que eso.

—¿De qué se trata entonces?

—De una visita femenina que acaba de tener lugar en la alcoba del herido.

El conde se levantó de la cama con tal rapidez que diríase que un resorte de gran fuerza le habia despedido de ella.

—¡Clotilde!—esclamó el conde con acento trémulo.

—Se halla junto al lecho de Daniel,—contestó sonriéndose Castro.

—¡Ah! ¡pues si se atreve á venir, entonces mi venganza será completa!

Y el rostro del conde, pálido y demacrado, se iluminó de un fulgor siniestro.

Luego, envolviéndose en su bata y serenándose un poco, fué á sentarse en una butaca y dijo con reposado acento:

—La cosa marcha. Cuénteme usted cómo ha sucedido eso.

—El amor es impaciente, señor conde, y prueba de ello nos dá hoy la señorita Clotilde arriesgando el todo por el todo y viniendo á ver al jóven herido. Bien es verdad que en casa del general Lostan contamos con una aliada que vale mucho, pero que se hace pagar cara: Rosa, la doncella de Clotilde, ha convencido á su señorita de que era preciso ver á Daniel, y estos consejos, auxiliados por el amor, dieron por resultado un paso tan atrevido como inconveniente.

—Amigo Castro, lástima grande que mi ahijado Daniel no piense como yo, porque entonces el negocio marcharía viento en popa.

—De todos modos, el primer paso se ha dado, y nadie puede negar la imprudencia cometida por la hija del general Lostan.

—Pero, ¿cómo ha podido salir tan de mañana?

—Burlando la vigilancia de todo el mundo. El paso era grave y Clotilde dudaba, pero su doncella, que es tan resuelta como animosa, lo arregló todo, y vencidas algunas dificultades, lograron realizar su deseo.

—¡Quién está en la alcoba del enfermo?—preguntó el conde, que parecia meditar algun maquiavélico pensamiento mientras hablaba Castro.

—Solo Clotilde y Daniel.

—¿No estaba Julio de Monforte?

—Sí, pero al ver á Clotilde, salió, dejándole el campo libre, despues de cambiar con ella algunas palabras.

—Vamos, pues, amigo Castro, á colocarnos detrás de la puerta de escape de la alcoba, á ver si podemos oir algo de lo que hablen los dos jóvenes; y si, como temo, mi ahijado no se porta bien, será preciso animarle para que se porte mejor en la segunda entrevista, que no se hará esperar mucho, porque cuando las mujeres cometen la primera imprudencia, con dificultad dejan de cometer otras muchas mas.

Mientras el conde de la Fé y Castro se colocan detrás de la puerta de escape para sorprender la conversacion de los enamorados, retrocedamos nosotros para ver cómo Clotilde llegó hasta la alcoba del herido.

Clotilde podia contar con la fidelidad de su doncella, muchacha dispuesta á todo con tal que le produjera algo su trabajo.

Además, tenia dos buenos aliados llenos de gratitud y respeto hácia ella: Julio y Blanca.

Si esto no hubiera sido bastante para tomar una firme resolucion de ver á Daniel, á quien tenia necesidad de dirigir algunas preguntas, contaba tambien con su carácter, incitado por las circunstancias.

Clotilde habia sospechado que su padre iba á ser

protagonista de un drama terrible, y esta idea, fija en su cerebro, le daba miedo.

El doctor Samuel amenazado de muerte, Daniel herido, un viaje con carácter de fuga en proyecto: todo esto eran bastantes y poderosos motivos para que el alma generosa de Clotilde se hallara intranquila.

Por eso, sin duda, despues de una noche de insomnio, pálida y conmovida, tomó la firme resolución de ver á Daniel y escribió esta lacónica carta á Julio de Monforte:

«Prepare usted á su amigo, iré á verle mañana muy temprano: tengo necesidad de hablar con él.»

Julio recibió esta carta por conducto de Rosa, á las doce de la noche, y no pudo menos de estremecerse al leer aquellas líneas escritas por la mano de la mujer á quien tanto amaba y tanto respetaba.

El paso que iba á dar Clotilde era una imprudencia; pero, ¿cómo oponerse? ¿cómo evitarlo cuando el laconismo de la carta demostraba una firme resolución?...

Si el general descubria la escursión matinal de su hija, su disgusto iba á ser grande, pues no se trataba solo de ver á Daniel, sino de verle en casa del conde de la Fé, su irreconciliable enemigo.

Julio pasó la noche inquieto, y por si Clotilde mudaba de parecer ó le faltaba el valor al llegar la hora, no dijo nada á nadie; solo á Daniel le indicó ligeramente algo como para prepararle, temiendo que la presencia de Clotilde le causara un vivo y perjudicial efecto, pues se hallaba muy débil.

Mientras tanto, Clotilde y Rosa pasaban la noche en vela, esperando la luz del alba.

De vez en cuando Clotilde dejaba á Rosa en su gabinete, y tomando muchas precauciones, se dirigia á la alcoba de su padre.

Allí permanecía algunos minutos acechándole, ejerciendo un espionaje que le repugnaba, pero al que no podia resistir.

En una de estas escursiones le oyó hablar con Bonifacio, vió que se vestia con un traje de campo y que se ponía las espuelas.

Poco despues escuchó el ruido de los caballos en el patio.

Era indudable que su padre salia montado á tan altas horas de la noche, y esto aumentaba su malestar y su curiosidad.

—¿Á dónde irán?—se preguntó Clotilde.

Pero la pobre niña no podia contestarse á la pregunta, solo sospechaba que en aquella nocturna expedicion tomaba una gran parte el asunto del infortunado doctor Samuel.

Clotilde se resolvió á esperar el regreso de su padre. Trascurrió una hora y otra y otra.

Por fin dió el reloj las tres y media de la mañana y las pisadas de los caballos en el patio le anunció el regreso del general.

Entonces, puesta de acecho en la puerta de la alcoba, pudo oír este rápido, pero expresivo diálogo:

—Inmediatamente,—decía el general á Bonifacio,—

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

LAURENCE

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

LAS
FÁBULAS DE ESOPPO,

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores.

POR EDUARDO DE MIER.

BASES DE LA PUBLICACION.

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escadan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas en foleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reuna las condiciones de una verdadera publicación ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de **UN REAL** en toda España.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE.

LA CARCAJADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

Á UN CUARTILLO de real la entrega.

Imp. de Ramirez y C.^ª